PSICOLOGICA - Nº 12

Henri Pradel

La educación por medio del ejemplo

P S I C O L O G I C A

Colección universal de psicología y pedagogía

La psicología es la enfermedad del siglo.
El trabajo de seleccionar lo que, después de un siglo de búsquedas, es científicamente válido y adapto; aplicarlo cristianamente a la vida del hombre: presentarlo en una forma llana, breve y práctica para que pueda fácilmente servir como método pedagógico, es de una urgencia absoluta, y así obviar a los muchos errores de la confusión e infatuación actuales.
Esto es lo que desea alcanzar la colección "P s i c o l ó g i c a" publicando los mejores libros sobre esta materia.

1. Cómo salir del complejo de inferioridad, por J. de Courberive.
2. Cómo formar hombres, por H. Pradel.
3. El gobierno de sí mismo, por J. de Courberive.
4. El arte de permanecer jóvenes por el Dr. Varenne.
5. Educación de la cortesía, por H. Pradel.
6. Educación de la pureza y del sentimiento, por J. Viollet.
7. Cómo educar el corazón, por H. Pradel.
8. Psicología de la muchacha en la edad ingrata, por B. Bernage.
9. Psicología para todos, por P. J. R. Dempsey.
10. El poder mágico de las ideas-fuerzas, por J. de Courberive.
11. Formación de los niños a la vida social por H. Pradel.
12. La educación por medio del ejemplo, por H. Pradel.

En preparación:

13. Las pequeñas virtudes del educador, por H. Pradel.
14. ¿Existe la mala suerte?, por L. Bopp.
15. El culto de la sinceridad, por H. Pradel.
16. Cómo superar la timidez, por J. de Courberive.
17. Pequeños secretos del educador, por H. Pradel.
18. Pedagogía en píldoras, por H. Pradel.
19. Cómo vencer las malas costumbres, por J. Legajean.
20. Educación y diversiones, por H. Pradel.
21. Psicología de bolsillo, por J. de Courberive.

PSICOLOGICA

COLECCION UNIVERSAL DE PSICOLOGIA Y PEDAGOGIA

dirigida por

FRANCISCO ZECCHINATI P.

y

SERGIO **COSTAMAGNA R.**

12

EDICIONES PAULINAS, S. A.

LA EDUCACION
POR MEDIO DEL EJEMPLO

POR

HENRI PRADEL

Primera Edición

EDICIONES PAULINAS, S. A.

Título original:
L'EDUCACION PAR L'EXEMPLE
A. Reynaud Editeur - Forcalquier
Versión de **Jorge E. Avila**

Nihil obstat
Ex parte Societatis S. Pauli
HUGO ZECCHIN, Sup. Regionalis
México, D. F., 10-I-1960.

Nihil obstat
FRANCISCO SIRITO
Censor deputatus
México, D. F., 2-II-1960.

Copyright by EDICIONES PAULINAS, S. A. - México, D. F.,

Taxqueña 1792. - Impreso en México.—Printed in Mexico, 1960

PREFACIO

Se me ha pedido que presente al público este libro.

Considero que es una presentación cien por ciento supérflua, puesto que el trabajo es del eximio educador Henri Pradel, Director de la Escuela Massillon, autor de notables libros pedagógicos, tales como —para citar únicamente los mejores— Cómo formar hombres, Formación de los niños a la vida social, Las pequeñas virtudes del educador, Educación de la cortesía, Educación y recreo, El culto de la sinceridad, Cómo educar el corazón[1].

Tanto el nombre del autor como los títulos de sus obras constituyen en sí recomendación más que suficiente.

---

(1) Todos estos volúmenes se publican, en la colección "Psicológica" de Ediciones Paulinas, S. A. - México, D. F.

Los padres de familia se preocupan por aprender su tarea educadora, ya que si las actuales circunstancias, exigen caracteres bien templados, también hacen difícil llevar a cabo la formación de los jóvenes.

Chamacos que se escapan porque están ávidos de autonomía. Padres de familia absortos en mil preocupaciones y exigencias de la vida económica.

Por otra parte, los maestros, sobre todo en la enseñanza secundaria, están oprimidos tanto por el número de discípulos, como por el carácter enciclopédico de los programas, por lo cual la pesada carga del profesor afecta frecuentemente la del educador.

¡Padres de familia y maestros, colaboradores los unos con los otros!, hagan una fuente común de sus observaciones, de su experiencia, de sus métodos; así resultará simplificada la tarea de cada uno de ustedes, y mejores serán los frutos de la educación conseguida con unidad de visión y de acción.

El asunto tiende a ser mejor comprendido cada día por los padres y por los maestros; dondequiera, tanto en la enseñanza libre como en

la enseñanza del Estado, se multiplican las asociaciones de padres de alumnos.

La presente publicación servirá como vínculo entre la escuela y la familia.

Estas páginas claras, precisas y breves como deben ser, prestarán un servicio valioso a los educadores que reconozcan la importancia de su misión.

Por lo tanto, esperamos que serán difundidas tan ampliamente como se merecen.

En los momentos en que vivimos actualmente, el futuro decisivo de la sociedad está puesto en las manos de la juventud que va creciendo, y por consiguiente en las manos de aquéllos que forman parte de la "herramienta" productora, en las manos de los educadores.

Sean dignos de su misión; comprendan que su primer deber ante la juventud está en instruír sobre todo mediante el ejemplo.

† Card. ALFREDO BAUDRILLART
Rector del Instituto Católico de París.
Miembro de la Academia Francesa,

INTRODUCCION

Para salir airoso de la delicada tarea de educar se necesita contar con cuatro condiciones por lo menos:

1. Tener una idea clara del fin a donde se desea guiar las almas a nosotros confiadas.

2. Conocer el carácter y las posibilidades del sujeto que se va a formar.

3. Encontrar y utilizar los mejores medios para obtener el efecto deseado.

4. Dar el ejemplo de aquello que se ordena o se recomienda.

En otras palabras se necesita conocer: el fin, el muchacho, la mejor manera de obrar, y hacia este fin con este muchacho y en este camino, *precederlo*.

De las cuatro condiciones, la última es la

más esencial; si falta la fuerza del ejemplo las palabras más persuasivas, así como los métodos más experimentados resultan inútiles; con el prestigio del ejemplo aún los conocimientos y doctrinas pedagógicas mediocres pueden ser eficaces.

Y con esto queda expuesta suficientemente, la importancia del asunto que se trata en el presente libro.

CAPITULO I

CREER EN LA FUERZA DEL EJEMPLO

Puede parecer supérfluo el detenerse largamente para demostrar la fuerza que ejerce el ejemplo, ya que es universalmente admitida y conocida.

Sin embargo, pues que de esta verdad se deducen para los educadores consecuencias inquietantes, no será inútil afianzar sólidamente tal evidencia para hacer imposible, irrealizable, el deseo de evadir las conclusiones.

Que el ejemplo constituye una fuerte potencia, lo comprueba *"la sabiduría de los pueblos"*.

Sobre este argumento existen numerosos proverbios y decires:

"Las palabras vuelan, los ejemplos permanecen".

"Las lecciones encaminan, los ejemplos completan".

"*Qualis rex, talis grex...*" —Tal pastor, tal grey.

"*Longum iter per praecepta, breve et efficax per exempla...* —Para enseñar hacen falta muchas palabras mas pocos ejemplos".

"*Per sancta et pia exempla Deo parantur gratissima templa...* —Los modelos y ejemplos de santidad y de piedad preparan almas, parecidas a templos, que son muy gratas a Dios".

La expresión: "Predicar con el ejemplo", es muy expresiva.

Si fueran necesarios *testimonios* al respecto, quedaría únicamente la dificultad de escogerlos, ya sea entre los autores paganos como entre los cristianos. Séneca asegura que "el

mejor orador es aquél que deja que los hechos hablen por sí mismos".

Aristóteles afirma que: "Entre todos los animales el hombre es el más imitador". Aun más: "No se puede llegar a la verdadera virtud si no se tiene un ideal atrayente y personificado en un superior".

San Ambrosio afirma: "¡Qué bello es hacer el bien aunque sea solamente mostrándose en público!"

Y San Agustín: "¡Las palabras valen poco, en cambio el ejemplo qué gran medio!"

San Francisco de Sales se explica como de costumbre en lenguaje figurado: "Doy mas aprecio a una onza de ejemplo que a cien libras de palabras".

Y Rollin, sapiente educador: "El lenguaje de las acciones es mucho más persuasivo que el de las palabras".

"Hay que suponer que aquéllos que merecen nuestro respeto y obediencia no son indignos de ser imitados" (Massillon).

"El ejemplo de los Santos estimula la necesidad de ser santos por imitación, como ellos lo fueron por deber" (Bourdaloue).

"El ejemplo cambia las personas, las forma en la virtud, mientras las leyes frecuentemente son remedios que más bien sobrecargan que alivian" (Bossuet).

Es menester no dejar de multiplicar tales testimonios: se necesita confirmar tal verdad en forma tan persuasiva que no pueda ser refutada aún en caso de ser molesta.

"No hay nada más contagioso que el ejemplo. Nosotros nunca hacemos un gran bien o un gran mal sin producir frutos análogos" (La Rochefoucauld).

"Aun sin actuar, sólo existiendo, a condición que sea cual debe ser, el cristiano edifica. (Mons. Gay).

Pero cuando el cristiano no vive como debiera su ejemplo se torna en escándalo.

"Lo que me aleja de la Fe —asegura un contemporáneo— no son los dogmas ni la moral, sino los católicos con quienes me he encontrado".

Se cree y se arrima uno a la verdad del Cristianismo viendo vivir y actuar a los cristianos verdaderos.

Luigi Madelin citaba en *L'Echo de Paris* la pintoresca expresión de un campesino acerca de las buenas personas que habían sido electas a la Cámara: "No seguirán siendo buenas por largo tiempo. Cuando se introduce un buen vino en una botella que contiene vinagre, el vino acabará por volverse agrio".

El Padre Enrico Perreyve ve en la imitación la verdadera posibilidad del progreso moral: "¿Nunca han observado cómo a principios del otoño, pasan por el cielo manadas de pájaros en larga hilera, pero todos hasta el último, siguen la misma curva o trayectoria del que los encabeza? Se supone que el más fuerte vuelva a la cabeza y resquebraja el aire, mientras los más débiles con menos fatiga penetran en el surco aéreo ya trazado. ¡Nosotros que somos demasiado débiles para abrirnos solos el camino del Cielo, deberíamos por lo menos saber entrar al surco trazado por los Santos; su vuelo es seguro, apto para arrastrarnos, y cuando nosotros los veamos tan contentos porque aman mucho, continuaremos con menos temor hacia la meta final y suprema del amor: Dios mismo!"

★

Los *poetas* que a veces son profetas han frecuentemente constatado la potencia del ejemplo. Dice Lamartine:

"Nuestra alma es una fuente errante
Que en su ola transparente
Se impregna de los matices del lugar"

(Epístolas y Poesías diversas)

Péguy:

"...Estos infieles,
¿Cómo pretenden hacerse fieles
Cuando no creen lo que es la felicidad?
Es culpa nuestra; no quieren asemejársenos
Por el desagrado de volverse cristianos como nos-
(otros"

J. Boubée en *Le Sillage*:

"Mientras la noche deslizábase sobre mi alma,
Portador de luz, un hombre ha pasado;
Aún después de diez años, en flamas radiantes
Todavía queda el surco que él ha trazado".

Corneille afirma:

"El ejemplo impresiona más que la amenaza".

Cuando el autor dramático encuentra dificultad para conducir a su personaje a las deci-

siones deseadas, se sirve del ejemplo de otro e infaliblemente sale del apuro. Un héroe de tragedia recalca cándidamente el método del autor cuando, después de una lucha contra sí mismo, proclama:

"Mi generosidad debe corresponder a la tuya".

Federico Mistral hace esta luminosa observación: "En la obscuridad se necesita la luz, en el mundo se necesitan los ejemplos".

Por lo que todos están acordes al afirmar que el ejemplo es el factor más decisivo sobre nuestro modo de actuar.

★

¿Por qué insistir en otros testimonios cuando nuestra propia *experiencia* personal nos hace ver cuán contagioso es el ejemplo, tanto en el orden físico, como en el intelectual y moral?

La intrepidez y arrojo de un jefe arrastra a la tropa, así como la vileza de un desertor provoca la desbandada. Una familia ejemplar puede ser, para un pueblo entero, el inicio de una renovación moral, así como un mal alumno puede hechar a perder a todo el grupo.

¿Qué efecto trae consigo un bostezo, o unas risotadas ruidosas; qué cosa provoca el agrupamiento de transeúntes que instintivamente fijan sus miradas en la misma dirección a donde ya está viendo el vecino? ¡Consecuencia del ejemplo!

¿De dónde emana la utilidad de la enseñanza de las cosas, la tiranía de la moda, el peligro del pánico, el arrastramiento de "los carneros de Panurgo"[1], si no de la poderosa sugestión del ejemplo?

¿Por qué un novato en el arte de escribir, y quizá también un escritor experimentado, encuentra gran ventaja en "cargar la lira", leyendo trozos escogidos y bellas páginas? Porque el ejemplo constituye siempre una de las más grandes potencias humanas.

El hombre repite e imita lo que vé o ha visto hacer. Nada penetra tan fácil, profunda y directamente al alma como el ejemplo.

---

(1) Panurgo, uno de los principales personajes del Pantagruel de Rabelais (1483?-1553). Es popular el episodio de los carneros de P. Durante un viaje de Pantagruel, tuvo éste una discusión con un vendedor de carneros. Para vengarse de él le compró uno de sus carneros y lo precipitó al mar. El ejemplo y los balidos de éste arrastraron a sus compañeros, precitándose todos en el mar. (N. d. D.).

CAPITULO II

EL NIÑO ES UN GRAN IMITADOR

Aquello que es verdad en cualquier período de la vida lo es particularmente en la primera edad. El niño y el adolescente, raramente pueden eludir la influencia del ejemplo; similares a una mole de cera, con mayor facilidad reciben la impresión y la conservan profundamente.

¿Es necesario citar *testimonios?*

Como quiera que sea son abundantes.

Lo que un antiguo refrán latino dice de los niños, no es desmentido por el más experimentado de los jóvenes:

Et sequitur leviter filia matris iter... La hija fácilmente se encamina sobre los pasos de la madre".

Un antiguo proverbio francés hace eco:

"Si la cabra salta la hortaliza, es seguida por el cabrito".

Fénelon aclara: "En todas las edades el ejemplo ejerce sobre nosotros un sorprendente poder, pero en la niñez lo puede todo".

La Fontaine (Fábulas XII, 10) hace hablar así al cangrejo:

"¿Puedo caminar distinto del modo de mi familia?
¿Puedo yo andar derecho si los demás andan chue-
(cos?"

Y subraya la lección:

"Tenía razón: la virtud
de cada ejemplo doméstico es universal
y se aplica a cada cosa, tanto
para el bien como para el mal".

Los versos del *Cid* pueden aplicarse a todos, ya sea a los jóvenes de familias humildes como a los herederos ricos:

"Instrúyalo con el ejemplo y hágalo perfecto...
Para forjar su modelo, fuera de la envidia,
Solamente leerá la historia de mi vida...
Un príncipe aprende malamente sus deberes en un
(libro".

Mons. Gibier ha escrito en *La desorganización de la familia*: "Sus hijos harán aquello que ustedes hacen; serán lo que ustedes son".

Y Jaurès está de acuerdo con el Santo Obispo de Versalles: "Se enseña lo que uno sabe no lo que uno dice; se comunica lo que uno es".

Se enseña la doctrina que se vive y no la que se predica.

Quinet indica que "la enseñanza no es completa en las palabras; debe ser confirmada con las acciones y la vida de uno".

Un autor recoge en la brevedad del latín el pensamiento común: "*Id sunt quod vident* -Ellos son lo que ven".

Nuestra *experiencia* confirma estos testimonios u opiniones.

Las mamás saben bien cómo sus pequeñuelos aprenden mediante el ejemplo y las imitaciones. Se le enseña al chico a reír, a hablar y a caminar haciendo estos actos delante de ellos, adaptándose a los esfuerzos y capacidad de cada uno de los niños.

Tienen más necesidd de modelos que de lecciones. La juventud absorbe mucho menos de aquello que ha oído que de lo que ha observado.

Por otra parte parece que la naturaleza ha dispuesto el cuerpo del hombre en forma tal, como para poder demostrar esta teoría: existe una especie de corriente de aire entre las dos orejas, la que entra por una, sale por la otra, mientras que en cambio los dos ojos son como aparatos fotográficos listos a recoger todos los ejemplos para fijarlos en la maravillosa lámina que se llama cerebro. Tarde o temprano la escena captada será efectuada, por el muchacho. Por lo tanto, el ejemplo es una temible fuerza.

Y mientras más de arriba vengan esos ejemplos, sea de los padres, de los maestros, o de aquéllos que están constituídos en autoridad y en dignidad para educar al joven, más poderosos serán esos ejemplos, ya sea respecto al bien como al mal. El comportamiento de los padres tiene repercusiones inmensas y de largo alcance. De allí la capacidad social del ejemplo. "El jefe es el modelo al cual todos se atienen. —*Regis ad exemplar totus componitur orbis*".

El ejemplo puede obrar aún cuando el que lo hizo no esté consciente o no se haya dado

cuenta de haberlo hecho. Agítase sin conocimiento alrededor de sus víctimas, y a veces a pesar de su resistencia.

En consecuencia, se trata de una fuerza terriblemente peligrosa.

Tiene tal ascendiente sobre los muchachos que muchos copiando continuamente a los otros, no forman, o bien pierden su propia personalidad: les queda solamente un eco de los reflejos de los demás, tales como para podérseles llamar: "el señor Cualquiera", "la señora Cuya", "el señor Ninguno" como Ulises dijo que así se llamaba a Polifemo.

Podrían compararse a paquetes de gelatina, a banderitas, a ciertas formas de propaganda que los aviadores trazan en el espacio, y cuyas primeras letras se borran antes de que las últimas se hayan escrito.

Tales jóvenes deberían adoptar un lema completamente contrario a aquél del cual se honra la ciudad de París: Labieno, lugarteniente de César, al llegar a la cúspide de la montaña actualmente llamada Santa Genoveva, al mirar a Lutecia[1] que, colocada en me-

(1) Así llamaban los romanos a París. (N. d. D.).

dio del río parecía una vasta isla emergida y fortificada, exclamó: "¡Está situada sobre las olas, pero no se deja arrastrar". —*Fluctuat nec mergitur!*"

De algunos de nuestros jóvenes influenciados por el prójimo se podría decir: *mergitur nec fluctuat* —se sumerge, se confunde con la masa y no sabe permanecer a flote.

La misma *historia* puede también proporcionarnos una profusión de hechos al respecto.

Citamos únicamente el caso de dos célebres hermanos: Wenceslao y Boleslao que perdieron a su padre, el Duque de Bohemia, cuando aún eran de temprana edad. Los dos hermanos fueron separados: Boleslao quedó con su madre, mujer malvada, en un ambiente saturado de ejemplos malignos, y él mismo se volvió malo. En cambio, Wenceslao fué encomendado a su abuelita, mujer sumamente virtuosa, y gracias a los ejemplos de que estaba rodeado se volvió un santo. El hermano celoso lo mató con sus propias manos. Por las venas de ambos corría la misma sangre, pero la influencia, la diversidad de la educa-

ción los condujo a un fin completamente opuesto.

La *literatura* ha recalcado frecuentemente el prestigio del ejemplo.

Giovanna Dannemarie dedicó su *Pequeña mano roja*, una novela que narra el inconsciente delito de una niña, "a los jóvenes padres y madres de familia, a aquéllos sobre todo que olvidan que su modo de vivir está siempre observado por ojos ingenuos y sencillos". Consideramos un deber aprobar frases como la siguiente: "No se podía llegar a la conciencia porque estaba formada con puras palabras; para que el niño respetara la ley divina se necesitaba el buen ejemplo, y este hizo falta".

En *Las Fuentes*, el Padre Gratry anota que "los niños se dan cuenta de todo, ven todo y frecuentemente comprenden todo. Felices aquéllos que han recibido de su padre, como herencia fundamental, ciertas imágenes, recuerdos e impresiones duraderas, que están al alcance de todos, desde el príncipe hasta el más humilde pastor".

Mauricio Simart, en su obra *Un corazón de*

cuarenta años, subraya la importancia de los ejemplos recibidos en la infancia: "¡Vida familiar, pequeñas felicidades domésticas que se gozan en temprana edad, ¿qué fuente de ayuda han sido para mí en la edad madura? Cuando se llega a la edad de la tentación en el momento en que está uno a punto de resbalar, de desviarse del camino recto, cuántos fueron salvados de una caída no tanto por la fuerza de su inteligencia o de sus conocimientos sino más bien gracias a la reacción súbitamente provocada, casi sin darse cuenta, por el recuerdo de sus tranquilas horas en familia. La atmósfera de pureza, asimilada durante el período de formación de la conciencia, puede salvar a un hombre, poniéndolo para siempre a salvo de la culpabilidad".

Se podrían recoger varios testimonios de las obras de Paul Bourget, tan sensible a las repercusiones de nuestros actos. Citaremos únicamente dos: "En los errores de una mujer de 25 años, ¿quién podría calcular la influencia que debe atribuirse a las conversaciones escuchadas por la niña en su edad de fal-

dillas cortas?" "Viene siempre a mi mente una palabra de mi padre: no se discute una promesa, se cumple. Existe este principio en mi sangre, en la médula de mis huesos".

Leemos constantemente en los periódicos comprobaciones de las repercusiones que en la vida de los jóvenes, han tenido lo que antes vieron: Pierre Séguy el joven agresor de dos tranquilas viajeras en la línea París-Dieppe pertenecía a una excelente familia. Al presentarse ante el tribunal de Seine-Oise mostraba más vergüenza que remordimiento: "Sin embargo, decía, era yo muchacho honrado, serio, no bebía ni fumaba... me gustaba mucho el cine... sobre todo las películas, los espectáculos violentos, los delitos".

Todos hemos experimentado —y eso comprueba el espantoso influjo del ejemplo— cómo el niño queda profundamente impresionado al ver lo contrario de todo cuanto hace. Si para silenciar a un niño enfurecido o llorón se le pone enfrente un espejo "para que vea como se ve gracioso", desfigurado por sus muecas, difícilmente se le podría hacer que se avergonzara, sino mas bien aumentarían el

enojo y las lágrimas, y quebraría el espejo revelador. Si antes al contrario se le muestra vuestra imperturbada calma, una sonrisa, no desdeñosa sino indulgente, se calmará más rápidamente y acabará por sonreír; el contraste de vuestra calma le ha demostrado más eficazmente lo inconveniente que es la ira, la sonrisa lo ha conquistado y ganado.

★

Se podría objetar que existen factores contradictorios a la tesis del ejemplo: padres ejemplares que tienen hijos deshonestos; padres de incierta y reprochable reputación que tienen hijos merecedores de alabanzas. El proverbio "Como tal padre, tal hijo" no es siempre exacto.

Son hechos innegables. Prueban antes que todo que al ejemplo es necesario agregar los consejos, las correcciones, la vigilancia, así como otros medios educativos.

Demuestran además que son raras las personas perfectas o completamente malvadas. Padres ejemplares pueden perjudicar su in-

fluencia o ascendente debido a leves defectos: a veces se atienen demasiado a parecer "predicadores", frecuentemente son pedantes, demasiado o no lo suficientemente severos; mandan con la misma seriedad, bagatelas que cosas de importancia.

Tales hechos comprueban que el ejemplo no siempre da resultados idénticos en la misma medida respecto al bien y al mal. Parece que el buen ejemplo va sujeto a una dispersión de energías, mientras que el mal ejemplo hace que aumente el agravio.

Respecto a la influencia del Clero se ha dicho: "Cura bueno, parroquia mediocre; Cura mediocre, parroquia mala".

Lo mismo pasa en las familias; parece cosa natural permitirse graves faltas después de haber observado pequeñas; si el padre tenía una debilidad, el hijo tendrá un vicio.

En cambio la imitación del bien ordinariamente es menor que lo infundido por el modelo: ¡esto comprueba que es más fácil bajar que subir!

Las objecciones que han surgido en contra de la fuerza del ejemplo, en realidad aumen-

tan la realidad de nuestra tesis. ¡El ejemplo hace resaltar una seria cuestión! si es malo, su daño aumenta; si es bueno, no siempre difundirá todo su ascendiente. En consecuencia es necesario dar sólo ejemplos buenos y darlos lo más perfectamente posible. De tan evidentes comprobaciones sacamos tres conclusiones.

Tenemos a nuestra disposición dos modos de actuar con nuestros prójimos y particularmente con los jóvenes: la palabra y el ejemplo. El ejemplo es mucho más eficaz.

Ninguno de nuestros actos es indiferente: edificará o destruirá; hará progresar o hará caer; será una fuerza que atrae hacia el bien o un escándalo que lleva al mal.

Todos estamos obligados a edificar en vez de destruír. Nótese bien como en este caso las palabras explican bien el concepto: Nosotros debemos "edificar", lo cual quiere decir construír o moldear una vida mostrando lo que tenga de belleza la nuestra. Especialmente deben mantener muy en alto estos preceptos los jefes, maestros, Sacerdotes y, antes que todos, los padres de familia.

CAPITULO III

ANALICEMOS LAS CAUSAS DE ESTA INFLUENCIA

No creemos inútil insistir sobre esta idea que implica graves consecuencias para los educadores, los cuales después de haberla admitido en teoría, sin embargo con frecuencia la olvidan en la práctica.

La influencia del ejemplo surge ante todo de las causas poco loables: el respeto humano, la pereza u ociosidad, el gusto de lo fácil, repugnancia por lo difícil. Se dejan llevar, arrastrar, empujar. La moda nos impone el vestir, el aparecer en público, que se piense como todos los demás. La vida dinámica y mecanizada de hoy día hace aún más uniforme nuestra existencia; la originalidad, la individualidad, y aún el carácter se pierden en una

especie de norma o patrón y en el conformismo.

Pero hay causas mas nobles que explican el por qué de la *influencia y autoridad que ejercen aquéllos que ponen el ejemplo.*

Demostraciones de sinceridad: cuando se hace aquello que se ordena a los demás, la orden no es ya considerada como un capricho, la autoridad adquiere con la estimación una garantía mayor de éxito. Los pobres leprosos de las Islas Molokai o de Sheklung están deseosos de conocer y adoptar la fe de los religiosos que han sido enviados a compartir con con ellos sus miserias y sus infortunios.

El cumplir con todo lo que se prescribe u ordena, proporciona al mando una fuerza conquistadora. En cambio, aparece como una intromisión cuando se recomienda u ordena aquello de lo cual no se da el ejemplo. Si el dependiente sospecha o entrevé que existe una contradicción entre las palabras y los actos del superior, su autoridad será bien pronto desvirtuada y su tarea comprometida.

Es divertida la historia de cierto preceptor cuyos consejos no correspondían a sus ejem-

plos. Deseando enseñar a un joven aristócrata inglés, discípulo suyo, cómo comportarse en una cantina: —Vea usted —decía— que en cualquier lugar, en cualquier cosa es necesario no sobrepasar los límites permitidos.

—¿Cómo se puede conocer el momento en que debe uno parar?

—Es sencillo: observe usted a esos dos caballeros sentados a la mesita en el fondo del salón; bien, cuando vea usted cuatro ya no beba más.

El alumno abriendo los ojos de par en par:

—Pero, señor, no hay más que uno sólo...

La historieta nos hace reír. Pero nos hace llegar a la conclusión de que el joven al notar el desacuerdo entre las lecciones y la conducta, quedara turbado o escandalizado.

Por otra parte si el joven no se diera cuenta de la falta de lógica, siempre quedaría en el tono del enseñante un acento falto de convicción, porque sostenía de realidades no vividas. Las virtudes que predicamos las podemos recomendar con una persuasión profunda de que nos falta, si predicamos aquéllas de las cuales estamos privados.

Un día me sorprendió oír a un padre de familia corregir a su hijo, ya jovenzuelo, aduciendo razones tan secundarias, más tratándose de corregir una conducta reprobable: "Tu comportamiento hará daño a tu carrera, a tu empleo, etc." No fué sino hasta más tarde que comprendí la razón de aquello. No pudiendo el padre no reprochar a sí mismo lo que debía de corregir en su hijo, sentía instintivamente vergüenza de tocar directamente el punto neurálgico del asunto: honor, dignidad, sentido cristiano, pues comprendía que haciéndolo así tendría que condenarse abiertamente a sí mismo.

Insistamos ahora en las causas que hacen que el ejemplo sea tan poderoso *sobre los que lo reciben*, sobre todo en la temprana edad.

El niño es *imitador*.

Imita todo y a todos: su modo de divertirse nace de tales inclinaciones; después de haber asistido a una visita, a una compra, a una ceremonia, a algún acontecimiento, reconstruirá en sus entretenimientos o juegos todo cuanto ha visto hacer. Aún los perezosos juegan

"al colegio" haciendo un esfuerzo para ellos insólito!

Lo que es cierto en el juego o diversión lo es y será igual en el gran juego de la vida. Todos podemos haber dicho un día u otro a los niños: "Eres un papagayo". Y si la cosa es a veces ridícula, puede muy a menudo volverse terrible. En las escuelas se verifican verdaderas epidemias; conocí a un alumnado entero que había adquirido la costumbre de escribir en un modo horrendo por el gusto de imitar al profesor, el cual sostenía la pluma entre el índice y el dedo de en medio.

El niño es *débil.*

Necesita ser llevado, como la bicicleta que corre más veloz en el surco que deja la motocicleta. Para obtener de él un sacrificio se necesita mostrárselo como posible y factible; es necesario hacerle comprender que lo consideramos idóneo a soportarlo. Si no se creyese realizable la virtud, el bien, la ciencia, los podría considerar como utopía inalcansables. Para comprender se necesita ver, y en lo moral las enseñanzas de las cosas se llaman: ejemplo.

La moral impresiona cuando se traduce en acciones como la vida de los grandes hombres, pero más aún obra el ejemplo viviente concreto, contínuo, de las personas que viven a su alrededor.

El niño *anhela imitar a los grandes.*

Desea sobre todo asemejarse a sus padres, quienes si no dan pruebas de lo contrario, son a sus ojos seres superiores.

Dice el Padre Gratry: "Mis padres eran seres impecables: mi madre era un ángel a quien Dios le había dado un cuerpo".

El papá que le permite a su pequeñuelo trabajar o estudiar en un ángulo de su escritorio, la mamá que pone en orden el ropero ante los ojos de la niña, ejercen una influencia considerable. Por lo general el niño posee el sentido doméstico; dice con firmeza "a nuestra casa". Aquello que ve hacer en el ambiente de la familia le es simpático, y así se le queda también en el momento de las crisis, en "la edad ingrata", aún cuando, para dar muestra de una independencia de la cual no dispone, tratará de hacer el papel de emancipado,

de *snob*, de rebelde; pero no se tratará más que de una máscara.

El niño es *sociable*.

Le encanta estar en sociedad, prefiere los juegos colectivos, es alegre, le da orgullo cuando los grandes muestran interés en sus diversiones, en sus trabajos.

No es de sorprender por lo tanto que si el ejemplo lo arrastra a cometer alguna tontería, también lo puede llevar a esfuerzos heroicos.

Sin apercibirse, las cualidades y los defectos del vecino se trasmiten a las almas jóvenes: fenómenos de capilaridad, de endosmósis, de vasos comunicantes.

El niño es *susceptible*.

Siente humillación que se le ordene, se le aconseje, se le controle y se le guíe. Aquí, precisamente es cuando debe entrar el ejemplo; más bien que imponer la lección se debe insinuar. El niño tiene la impresión de aprender las lecciones directamente que seguir una orden. El ejemplo es una lección permanente, invisible, discreta, que se recibe sin sufrir.

El niño es *impresionable.*

Parecido a la cera blanda que recibe una forma a cada impresión: el alma del niño es una placa fotográfica super-sensitiva en donde queda grabado todo cuanto impresiona la vista. Los hechos lo impresionan más que las palabras; el cine le interesa más que los libros, pero las películas le sobrepasan la influencia de la realidad de la vida que se desarrolla en su ambiente.

El niño es *observador.*

Su perspicacia es sorprendente :se podría decir que no oye, que no mira, pero todo escucha y todo ve, y un buen día sale con reflexiones que nos asustan. Consecuencias de los ejemplos registrados en su mente, sin que nosotros nos hubiéramos dado cuenta.

En fin, el niño es *sumamente lógico,* brutalmente lógico, sin floreos ni matices.

Pronto discurre la contradicción entre las palabras, las órdenes y la conducta de quien las emite. Y si manifiesta de lo que se dió cuenta, entonces se le tacha de impertinente,

de *enfant terrible*, obligándolo así a callar y conservar para sí sus observaciones. Pero esas se incorporan a su conducta, y en lugar de hacer lo que se le ordena, copiará los ejemplos de los demás. Si los niños, como dice La Bruyère, son "ya hombres" es porque imitan a los adultos. ¡No nacen completamente buenos, no obstante la aserción de J. J. Rousseau, pero ciertamente "la sociedad los deprava" un poco, frecuentemente mucho y ante todo, desgraciadamente, los echa a perder la familia!

Leonardo de Vinci sugería: "Pide consejos a aquéllos que se corrigen a sí mismos".

El niño juzga la importancia de todo lo que decimos a través de lo que hacemos.

CAPITULO IV

¡PARA BIEN DE NUESTROS HIJOS: MEJOREMOS NOSOTROS MISMOS!

Esta tesis del ejemplo, sobre el carácter del cual hemos insistido largamente, lleva consigo una nueva y pesada carga en la página del "registro de cuentas" del padre y de la madre.

Necesita uno vigilarse y, si es necesario, corregirse, enmendarse, mejorarse, para no causar el mal en aquéllos que amamos.

Antes de dedicarnos a la educación de nuestros hijos es necesario completar la nuestra. La educación de un alma ofrece una ocasión permanente de perfeccionamiento, verdadera escuela de virtud y santidad.

Monseñor Borderies, Obispo de Versalles, decía: "Cuando está uno encargado de la educación de la juventud, para volverse santo es suficiente no ser hipócrita ni mentiroso: bas-

ta hacer lo que se dice a los demás, seguir los consejos que se dan".

Evitemos los pasos falsos, para no hacer que tropiecen y caigan los que en nosotros se apoyan. Aun las culpas secretas se vuelven odiosas, porque disminuyen la potencialidad del bien y nos impiden difundirlo.

Para hacerse mejores, los niños no se contentan con lo que somos sino que exigen virtudes que aún no poseemos. Deseamos educarlos y ellos nos educan a nosotros; gracias a ellos descubrimos la cima a donde deseamos guiarlos. El prestar apoyo a sus debilidades debe ser un estímulo para obtener lo que nos falta. Recibimos de ellos mientras creemos que estamos dando.

Los padres perspicaces lo notan. Una madre confiesa: "Cuando mis niños eran pequeños, he soportado tranquilamente mis defectos. Conforme van creciendo siento vergüenza de encontrarme con sus miradas que me dejan apenada; noto que ellos me están juzgando. Al fin llego a la conclusión que "mi educación ha sido hecha por ellos más de lo que la suya haya sido hecha por mí".

Federico Ozanam, profesor en la Sorbona, inmortal fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, le escribía a un amigo participándole el nacimiento de su primer hijo: "Ahora comenzamos su educación mientras él comienza la nuestra, porque reconozco que el Cielo nos lo ha enviado para enseñarnos muchas cosas, para hacernos mejores. No puedo contemplar su dulce carita llena de inocencia y de pureza sin encontrar en él el reflejo sagrado del Creador, mucho más visible que en nosotros. No puedo pensar en esta alma inmortal de la cual debo rendir cuentas, sin sentirme mayormente compenetrado de mis deberes. ¿Y cómo puedo darle lecciones si antes no las practico? Podría el Señor emplear un medio más amable para instruírme, corregirme, para colocarme en el camino del Paraíso?"

Este es el sentir de los padres de familia que comprendiendo su responsabilidad, están listos a llevarlo a la práctica. Escuchemos el eco de las palabras sagradas: "*Et pro eis ego sanctifico meipsum.* —Me santifico a mí mismo por aquéllos que me han sido confiados".

¡Para estar a la altura del propio deber, qué fuerza tan enorme emana del principio que nuestro ejemplo tiene profundas repercusiones sobre el trabajo moral de nuestros hijos!

San Pablo nos ilustra fuertemente con la expresión de la Epístola a los romanos: "Si la raíz es santa también lo serán las ramas".

¡Qué libro tan bello se podría escribir sobre la educación de los padres a través de los hijos y por los hijos!

Napoleón declaraba un día con severidad pero con precisión que "la educación de un niño debería empezar veinte años antes de su nacimiento mediante la educación de su padre y de su madre".

Los padres y los maestros tienen con Dios una analogía impresionante: ellos moldean las almas "a su imágen y semejanza"; si queremos que sea bella el alma de los niños que nos ha sido confiada, debemos ante todo procurar que la nuestra sea bella.

★

Pero entonces podría observar que el cumplimiento del deber de los educadores trae

consigo una responsabilidad tremenda, por la cual deben preocuparse seriamente.

Sí, este noble oficio, así como el oficio militar, está hecho de "grandeza" y de "servicio".

Por otro lado, todo lo que tiene valor cuesta caro. Todo artista sufre para llevar a cabo el cumplimiento de su obra y tiene que sacrificarse por ella. ¿Cómo no ha de exigirse fatiga para obtener la más bella de todas las obras maestras, el alma de un niño?

La segunda maternidad, aquélla que forma el alma del niño, es dolorosa como la primera. La paternidad y la maternidad son de "*noblesses qui obligent*". Después de todo, si exigimos del niño esfuerzos fatigosos, ¿podemos considerarnos dispensados de precederlos?

Sin embargo no debe uno alarmarse ni descorazonarse al considerar el lado gravoso de nuestra lucha contra nuestras malas tendencias. Da alegría tan elevada, profunda, amplia, el resultado de nuestros esfuerzos y de nuestros buenos ejemplos, sobre el corazón, sobre la voluntad de los niños que se nos han confiado!

Debe ser la más pura fuente de felicidad para los educadores, al trasmitir la propia alma a las almas infantiles o adolescentes, infundirles el bien modelándolas sobre la propia. No es raro el caso de los padres que se consideran felices al reaprender los elementos de la ciencia o de los idiomas para ayudar a sus hijos en sus estudios, pero es mucho mayor la alegría que proviene de la adquisición de la virtud para ser comunicada a aquéllos a quienes se les ha dado la vida.

He aquí una página de E. Souvestre que resume exactamente las obligaciones de los padres en materia de ejemplo:

"Si quieren garantizar la salud moral del niño, comiencen por purificar la atmósfera que respira. ¿De qué modo? Mejorándose ustedes mismos. Los primeros esfuerzos del educador no se reflejan sobre el niño sino sobre el educador mismo; sus primeras enseñanzas no son fruto de lo que dice sino de lo que hace. ¿Quieren ustedes infundir el gusto al trabajo? Enaltézcanlo con sus hábitos y costumbres, y nunca tengan en más estimación a un rico que a un pobre que trabaja.

"¿Quieren ustedes formar un corazón sincero? Demuestren su horror a la mentira, su desprecio a cualquier atentado contra la verdad.

"¿Aman ustedes la benevolencia que crea el bien, perdona el mal? Contengan la amargura de sus sentencias, ahoguen y superen el secreto rencor.

"¿Creen ustedes que el sacrificio es en este mundo la fuente de cada acto noble y grande? Conságrense a él en silencio con una sonrisa.

—"¿Pero no es pretender demasiado? ¿Se puede exigir del hombre tanta virtud?

"...¿Entonces porqué la esperan de un niño? Aquello que se les hace imposible a ustedes, puede ser fácil para ellos? ¿Cómo pueden ustedes hacer respetar los principios que ustedes mismos no respetan? Para el niño el aprender a vivir es imitar.

—"Siendo así, ¿la educación de nuestros hijos debe ser precedida de un examen de conciencia y de un firme propósito de mejorarnos nosotros mismos?

—"Al enfrentarse a nuevos y grandes deberes deben ustedes sentir la necesidad de purificar y fortificar la propia alma. Cualquiera que emprenda una educación debe empezar por completar la propia. En las familias, tanto en el orden moral como en el orden social, existe una especie de fatal transmisión: el niño hereda los elementos morales así como los físicos, pero ya que los diversos desarrollos de las inclinaciones primitivas lo diferencian del ser que lo sigue, el ojo que no está atento no siempre se da cuenta de la relación que existe entre uno y otro. Donde el padre solamente adolecía de una debilidad, el hijo padecerá de un vicio: la que en el padre era solamente una cualidad, en el hijo puede llegar a ser una virtud. La atmósfera del hogar habrá causado estos cambios, ya sea perfeccionando o depravando las primeras tendencias, y el niño recibirá justamente nuestra recompensa o nuestro castigo".

CAPITULO V

SERIOS INTERESES

Es imposible sustraerse de la obligación de dar el buen ejemplo, porque nuestra conducta siempre obrará como un llamamiento hacia el bien o hacia el mal, dependiendo precisamente del buen o mal ejemplo. Desde luego que nosotros no pensamos, ni remotamente, empujar voluntariamente a los niños hacia el desorden.

Pero el no estar dispuestos a sacrificarnos un poco para dar el buen ejemplo, muy bien podría causar un desastre para nuestros hijos y una deshonra para nosotros.

*

En ello va de por medio nuestra *responsabilidad.*

Cuando comparezcamos ante el Señor en calidad de educadores, debereinos responder no solamente de nuestra alma —¡que ya es una cosa terrible!— sino sobre todo de las almas que nos han sido confiadas.

El entregarnos a los niños para educarlos, es como si Dios hubiese cada vez arrancado una orilla del cielo. Al ser juzgados no bastará afirmar que hemos dado al niño buenos consejos, inculcado buenos principios, que lo hemos confiado a maestros escogidos y a magníficas escuelas. El Juez sabrá qué escuela y cuáles ejemplos ha encontrado el niño en nosotros mismos.

★

En ello va de por medio nuestra *dignidad*.

Para los padres, practicar todo cuanto ordenan o recomiendan es cuestión de lealtad. Y no crean que pueden "salvar las apariencias", "enmascararse". Tales precauciones serán de breve duración ante la tremenda perspicacia de los hijos. Quisiéramos poder ocultar nuestras debilidades, nuestra mediocridad,

pero ningún escondite es impenetrable a la aguda mirada del niño, a su curiosidad que frecuentemente raya en la indiscreción. Demasiado frecuentes y demasiado íntimas son las relaciones en la familia y en el colegio para que pueda durar mucho la mentira del buen ejemplo sólo aparente o fingido.

Aunque no se atreva a decirlo, el niño pensará como Corneille en *Mélite*:

> "Reconcilie su vida con sus palabras.
> Practique sus consejos,
> O de lo contrario, no los dé".

O como dice el Evangelio: "*Médice, cura teipsum*. —Médico cúrate a ti mismo".

Los padres, que se limitan a decir y a no hacer lo que dicen, si se portan de una manera y viven de otra, no crean que valen algo.

En el libro *Des enfans dans un jardin*, Lichtenberger muestra a los padres que se preocupan en "disimular sus culpas y sus vicios..." ¡Para no dar mal ejemplo a nuestros hijos es necesario que nos mostremos delicados, para que no sean malos debemos aparecer buenos!

¡Aparecer! ¡Comedias e hipocresía! Este desdoblamiento es vergonzoso. Sólo hay una solución honesta: dar el ejemplo de la virtud que queremos ver en nuestros hijos.

★

Es cuestión de nuestro *éxito*.

Si el niño se contraría por nuestras palabras y nuestro obrar, huirá nuestro esfuerzo educativo.

Cuando sea joven dirá: "Se me manda lo que es bueno para niños" y procurará librarse del fastidioso yugo.

La adolescencia, que no tolera restricción alguna, atizbará aquéllos que ordenan, y si existiera desacuerdo entre las palabras y los actos de sus educadores, perderá toda la fe puesta en su prestigio. En su caso el adolescente cierra su corazón del cual desaparecerá hasta su sentimiento filial, triste consecuencia de su implacable juicio. Sintiendo la necesidad de admirar, buscará tal persona fuera de su habitual ambiente, y lo encontrará en los maestros, amigos, escritores que no siempre

son dignos de su honor. Estos se introducirán dentro del espíritu del joven, ejercitando en él la influencia que sus educadores ya no pueden o no ameritan tener sobre él.

En cambio, si el joven se da cuenta o comprueba el acuerdo entre las enseñanzas y las acciones, se entregará en forma inefable a quienes lo guían. Entre los educadores y los educandos se creará entonces una corriente constructiva, una intimidad profunda y duradera del alma, una confianza incondicional. En la educación nada se puede construír si falta la confianza. En ella está toda la garantía del éxito: creer más en otro que en sí mismo, entregar la llave del propio corazón al maestro, y estimarse a sí mismo porque el maestro lo estima y aprecia.

★

Se trata aún de nuestra *influencia* o del resultado de nuestra obra educadora.

Solo la armonía entre los consejos y la conducta puede crear el espíritu necesario para la imitación

Es menester estar siempre vigilando nuestra conducta pues ésta no obra por sí sola.

Cansa el estar dando consejos y a veces se olvida uno de infundir buenos principios. En cambio, si buscamos la virtud, la estaremos predicando sin cesar practicándola, y el niño será como inmergido en la límpida atmósfera del deber.

Si queremos dar el buen ejemplo de lo que exigimos, debemos tener paciencia, sabiendo por experiencia que no se puede en un día cambiar y lograr gobernar nuestro propio temperamento. Sabiendo nosotros combatir mucho, podremos así alentar y ayudar a los demás en la lucha.

Aunque seamos pacientes en lo que se refiere al tiempo, debemos en cambio ser intransigentes sobre las maneras de poder alcanzar el fin deseado: no debemos estas satisfechos con un éxito a medias. Para que uno sea honesto, no es suficiente "no matar y no robar". Así mismo, si el educador no da el ejemplo, la enseñanza impartida permanecerá incompleta en relación con el ideal perseguido, si es que no baja más.

Finalmente el éxito de nuestra obra educadora sería perjudicado porque en el fondo no es siempre cómodo ordenar lo justo: a veces es cosa muy delicada dar un regaño o dar un estímulo; difícil también es el persuadir, el reprender, el castigar. En suma es más fácil vivir bien que adoptar la actitud de moralista frente a aquéllos que se quieren formar.

En este sentido es necesario comprender el verso de la Viscondesa de Vançay (*Hacia la cima*):

"Un buen ejemplo es una crítica piadosa"

★

Es necesario también inculcar el *espíritu de la familia.*

El alma del hogar doméstico se forja sobre todo con el ejemplo; es una fuerza que forma el ambiente; que proporciona el "ambiente familiar".

Naturalmente existe cierta diferencia entre los hermanos: "El aburrimiento proviene de la uniformidad". Sería un espectáculo grotesco ver una familia cuyos miembros fuesen

estereotipados. Sin embargo hay que encontrar las huellas de los parientes aún entre tantas diferencias.

Los sopladores de vidrio de Murano obtienen con los mismos compuestos, con el mismo tubo, iridescencias diversas; sin embargo se adivina siempre el origen: cristal de Murano, tal como lo indica la marca de fábrica. La marca de familia está formada con el polvo del ejemplo: tono de la voz, miradas, reflexiones sobre los acontecimientos, horario para las comidas, horas de reposo, acciones insignificantes. En la familia se respira o bien felicidad o aburrimiento, caridad o egoísmo, piedad o mundanidad. Los niños se moldan de acuerdo con estos matices, crecen en esta atmósfera. No será tan solo un hecho honrado el que detendrá a un joven o a una joven que hayan sido tentados, sino el conjunto de una vida doméstica donde hayan respirado la probidad casi sin haberse dado cuenta.

En la familia vale menos el nombre que se lleva que todo lo que de valor tenga la nota dominante de la costumbre.

La familia es la irradiación del hogar, pero

una irradiación que exige la voluntad perseverante y visible de los padres, o sea el ejemplo.

✶

Existe aún otra razón para dar el buen ejemplo: para los padres, de aquí depende la medida de *estimación, cariño* y afecto que les tengan sus hijos.

La verdadera, la profunda causa de la veneración que tenemos para nuestros padres, es la de haber recibido de ellos el ejemplo del honor, de la virtud, de la sumisión. Estos recuerdos constituirán una fuerza para los hijos.

El poeta J. Rameau, tentado una vez como tantos otros de "desfigurar su musa" escribiendo versos licenciosos, al ver hacia arriba se encontró con la fotografía de su madre:

"He mirado tus ojos, mamacita, y me he detenido".

Si el recuerdo o la imagen de una madre ya difunta puede ser tan decisivo, ¿cuál no será la potencia de un ejemplo vivo, permanente?

¡Cómo debemos estar agradecidos por los buenos ejemplos recibidos!

He oído a un joven de unos veinticinco años afirmar al lado del lecho fúnebre de su padre: "Puedo asegurar que de mi parte he visto y recibido sólo y siempre cosas buenas y nobles".

¡Qué oración fúnebre tan magnífica! Bien inspirada por una vida ejemplar.

Antes de entrar en apreciaciones que pudieran llevarnos a conclusiones desagradables a nuestro egoísmo, y para tener el valor suficiente para cumplir con los sacrificios necesarios, detengámonos ante el maravilloso espectáculo que ofrece una familia donde se respira la virtud, motivo de santos esfuerzos de los padres, digna defensa de los hijos.

Esperemos que todas las jóvenes puedan expresarse como escribió Víctor Hugo de una jovencita en su poema *Regard jeté dans une mansarde*:

"¡Feliz jovencita! en torno a ti como en un templo
Todo es dulce y modesto, todo da buen ejemplo".

CAPITULO VI

EVITEMOS LOS MALOS EJEMPLOS

Ya es el momento en que debemos mencionar las conclusiones prácticas de lo aquí expuesto largamente. Podrá parecer que se ha insistido demasiado en el principio, fácilmente admisible, sobre la considerable influencia del ejemplo. Ya que esta tesis trae consigo fatiga, incomodidad, molestia, podría uno estar tentado a considerarla menos segura.

¿Cómo nos encontramos frente al problema del ejemplo, tan importante para la educación?

Cierto es que sólo la idea de poder deliberadamente ser causa de la ruina o escándalo para los niños, nos da horror. Permitirse a sí mismo aquello que prohibimos a los niños, o dejar de hacer lo que les recomendamos nos parece inmoral e indigno.

Anotemos, por otra parte, que el mal ejemplo recibido no libra de responsabilidad a aquéllos que cometen un acto malo. Aunque las personas que están en nuestro alrededor, ya sean nuestros mismos superiores o padres, olvidasen, retardasen o traicionasen sus deberes, no por esto estamos autorizados para hacer otro tanto. Justificar la propia conducta con los malos ejemplos recibidos sería como tratar de lavarse las manos en el agua sucia.

El mal ejemplo o la falta de buen ejemplo por parte de los padres no excusa la mala conducta de los hijos, empero confesémoslo, constituye una tentación particularmente fuerte y un atenuante al error cometido.

Los jóvenes apelarán a la conducta de los demás, especialmente de aquéllos que fueron constituídos para guiarlos, puestos a su lado para edificarlos.

El mal ejemplo causa los peores inconvenientes, pues anula las mejores enseñanzas.

"¿Cómo podré escuchar sus consejos, cuando lo que usted hace me tapa los oídos?" (Emerson).

"En muchos casos el niño no tiene peor enemigo que sus propios padres" (Robin).

Fénelon usa una expresión fuerte para determinar el mal ejemplo de los padres y de los educadores: lo llama "el segundo pecado original". ¡Sabemos todo lo que ha costado el primero, tengamos gran cuidado de no agravar la vida de los que amamos con una terrible hipoteca!

La terrible lógica del niño lo induce a imitar los malos ejemplos como si estuviese autorizado para ello.

Clemente de Alejandría decía: "Si alguna persona que está cerca de un cristiano comete un mal, la mayor culpa hay que atribuirla no a aquélla sino al cristiano cercano que no le dió el suficiente buen ejemplo". Se puede afirmar la misma cosa tratándose de las familias y los colegios: Cuando los padres o los educadores notan una conducta desagradable en un niño, antes de regañarlo deberían más bien golpearse el pecho, puesto que, estando encargados de formar un ser tan influenciable le dan un mal ejemplo o lo privan de un ejemplo lo suficientemente bueno.

Y reflexionemos bien que todo en torno al niño puede ser una invitación al mal: en consecuencia debemos vigilar nuestra actitud, las personas, las circunstancias. A veces los padres no dan el mal ejemplo, pero permiten que otros lo den, frecuentemente sin darse cuenta de ello.

Examinaremos ahora algunos puntos particulares.

CAPITULO VII

PONER A LOS NIÑOS EN UN AMBIENTE SANO

Aún en familias cristianas sucede con amarga sorpresa, que los niños en su primera edad, así como en las horas agitadas de la adolescencia, viven rodeados de cuadros, estatuas, imágenes que en realidad no son guías adaptables a la virtud y que más bien pueden arrastrarlos al camino de la tentación.

Nos excusamos diciendo: "Es una obra de arte... un objeto precioso... un recuerdo querido..." Pero todas las obras maestras del mundo no valen lo que el alma de un niño. "No hay obra en el mundo que valga lo que un alma a los ojos de un creyente, así como una generación a los ojos de un sociólogo, como una nación a los ojos de un político". (Joubert).

Por consiguiente, si un objeto de arte, una obra preciosa, un recuerdo de familia son causa de escándalo o desenfreno para los niños, no pueden, no deben tener cabida en el santuario del hogar familiar.

Recordemos los versos de Víctor Hugo (*Regard jeté dans une mansarde*):

> "Para perturbar una vida
> Basta una mirada".

Alcanzada la edad madura se podrá quizás pasar junto a tales cuadros, estatuas, imágenes, sin quedar impresionados, ¿pero quién osaría garantizar que tales ocasiones no señalan un punto de partida peligroso para una conciencia en formación? ¿Quién podría sostener que el pudor, este precioso guardián de la virtud, no resulte disminuído?

Nos excusamos también diciendo: "¡Los niños ven tántas cosas en la calle y verán tántas otras en la vida!" ¡Esto es cierto, pero existe una verdadera diferencia entre el ver estas cosas desagradables dentro de casa que fuera de ella! El carácter íntimo y sagrado de un hogar familiar añade una virtud o un peligro más. Por otro lado, el hecho de que estos ob-

jetos o espectáculos estén mezclados con mayor continuidad en sus vidas, con el permiso, bajo el control, la responsabilidad de los padres, multiplica su influencia maligna.

Todos podemos haber tenido la experiencia de que ciertos jóvenes, después de leer éste o aquel libro no prestado por nosotros, acaso no les hizo daño alguno. Pero si lo hubiésemos aconsejado o aprobado ellos, con razón, se hubieran abstenido de hacer defensa alguna del mismo, precisamente por la fe depositada en nosotros, y posiblemente en tales condiciones las mismas páginas hubieran sido funestas para ellos. Hasta cierto punto el solo hecho de haberles nosotros prestado cierto libro podría ser interpretado como una autorización para leerlo, lo cual es todavía menos aceptable. Por consiguiente, existe una gran diferencia entre las consecuencias que pueda traer un libro determinado que un joven lee espontáneamente que cuando lo ha obtenido de nosotros. La mismo se puede afirmar acerca de cuadros, esculturas, imágenes si se ven en un museo, en una vitrina, que cuando están admitidos en el santuario del hogar.

★

¿Será necesario recomendar que nuestro examen de conciencia, cuando se trata de elementos que podrían producir ejemplos perniciosos o peligrosos, debe extenderse hasta las lecturas? Aquí los casos de peligro son aún más frecuentes.

Los padres dejan circular libros, revistas, periódicos que pueden ofuscar la moral. Posiblemente tengan el derecho de leerlos ellos mismos, pero si los hijos se dan cuenta esto puede causar un influjo pernicioso. En nuestros días, son limitadísimas las publicaciones que no ofrecen con sus narraciones, con sus figuras la ocasión de perturbar la conciencia de los niños.

Hay quienes se tranquilizan diciendo: "Siempre tengo mis libros y periódicos bajo llave". Pero casualmente un día u otro se puede olvidar la llave y el muchacho hábil encontrará la manera de aprovechar un descuido.

Hay otros, además, que se alientan con decir: "A mi hijo no le gusta leer". A todos los

muchachos les encanta la lectura y buscan ante todo aquélla que no debería estar a su alcance.

Un día me vi obligado a dovelver a sus padres a un joven, intolerable por su actitud religiosa. El padre y la madre, buenos cristianos, regañaron al niño severamente en mi presencia, quien se obstinaba en permanecer callado y taciturno.

En cierto momento interrumpe a su madre diciendo: "Mamá, no digas más; si tengo dificultades bajo el punto de vista de la fe, mis primeras dudas me vinieron de aquel libro que ustedes leían en la noche cuando iba a besarlos antes de irme a dormir". Ante tanta responsabilidad jamás se puede ser demasiado prudente.

Desconfiemos de todo cuanto pueda causar un desenfreno en los chicos o en los adultos; sería un mal ejemplo que se daría en nuestra propia casa.

CAPITULO VIII

VIGILAR SOBRE TODO AQUELLO QUE LOS NIÑOS OYEN

Podemos inconscientemente permitir que los malos ejemplos influyan en los jóvenes, dejando de vigilar lo suficientemente nuestro modo de hablar y de obrar. Un alumno mío de ocho años, habiendo oído en la calle una palabrota vulgar que incitó su curiosidad, fué a un amigo para esclarecimiento, el cual, por fortuna, le dió una explicación más bien suave y poco sugestiva. El niño repitió en casa la palabrota con gran sorpresa de los padres.

Difícilmente se da uno cuenta de las repercusiones que pueden tener palabras, expresiones, frases pronunciadas descuidadamente delante de los niños.

✱

Cuidémonos de las *frases "ingeniosas"*.

El niño no puede todavía apreciar los matices, las exageraciones, la ironía y, no habiendo llegado a la edad del sentido de criterio suficiente, corre el riesgo de acoger todo como oro colado. Es deber de los adultos verificar si la moneda puesta en circulación es adaptable a los pequeños.

Es necesario tener siempre presente el hecho que fácilmente encontrarán quien les explique extensamente aquello que hayan pescado al vuelo de nuestras pláticas. Si adoptaran este mismo celo en aprender las buenas lecciones impartidas por los maestros, ¡nuestros jóvenes serían todos grandes sabios!

Aún los alumnos más perezosos se vuelven tenaces cuando se trata de obtener una explicación que satisfaga su malsana curiosidad. Encontramos de nuevo en estos casos al tentador, que aprovecha la innata inclinación del niño para envenenar la corriente, sabiendo bien que de este modo quedará corrompido el curso entero del río.

Es posible, que ante un chiste de mal gusto los invitados se permitan hacer *alusiones licenciosas*, lo cual resultaría, aún más dañoso ya que la malicia mal oculta de la sonrisa excitaría mayormente la atención de los niños.

Sobre este particular es necesario señalar la importancia de los lugares "a la cola de la mesa", donde, en ocasiones de grandes festividades, se acostumbra colocar a los niños. ¡Equivocadamente se cree que estando ellos completamente ocupados con sus pequeños problemitas, no siguen la conversación de los adultos; por lo contrario son atraídos por las risas, la hilaridad, del hecho que los mayores demuestran saber divertirse! Pescan al vuelo cada palabra. A veces la madre para impedir, con razón, un comportamiento incorrecto, hace gestos significativos para indicar que están presentes jóvenes todo ojo para ver, jóvenes todo oído para escucha; esta manera de reclamar el orden a los adultos, apresura en los niños la mayor atención y curiosidad.

No nos podemos justificar aduciendo el falso pretexto de que "los niños son demasiado chicos para entender". Quizá no nos haya faltado a nosotros mismos la sorpresa de haber escuchado algún día de sus bocas frases asombrosas, como para hacernos pensar en dónde podrían haberlas aprendido. Desde luego que los niños de hoy día son mucho más avivados de lo que fuimos nosotros en nuestros días. Cosas que en nuestra infancia nos parecían misteriosas, los niños de hoy las conocen con claridad.

Se puede objetar: "Pero si no escuchan". En cambio debemos de estar seguros de que muchas veces aunque no parezca que nos están escuchando, no pierden una sola palabra de nuestras pláticas.

Vigilar sobre *los programas de radio y de televisión.*

Aún y también en este punto, es fácil caminar sobre un camino que puede conducir a un resbalón hacia la ruina. ¡Cuántas transmi-

siones son inadecuadas para los oídos de los jóvenes! ¡Canciones, música, historietas falsamente sentimentales que turban los corazones al despertar de la pubertad; críticas, acusaciones que destruyen el buen camino de la caridad, de la benignidad, de la recíproca confianza que debería de surgir, florecer y dar fruto en la vida de los muchachos; dramas, escenas teatrales y cinematográficas que la televisión ofrece inconscientemente a un público impreparado!

Los padres deben informarse con anterioridad sobre los programas: consultando los periódicos o comentarios; recibiendo consejos de personas competentes y sinceras; que escuchen solamente las transmisiones que ofrecen garantía de ser serias, y estar listos para cortar las transmisiones que pudieran perjudicar al muchacho en cuanto a la virtud, la honradez, el sentido del deber.

✱

Se debería así mismo anotar en este examen de conciencia, todo cuanto en el santua-

rio de nuestra familia se tolera con respecto a la excesiva *libertad* en la conducta, en el vestir.

Este argumento, también bajo otros aspectos, será tratado en las páginas siguientes.

CAPITULO IX

VIGILAR A LAS PERSONAS QUE RODEAN A LOS NIÑOS

¿Cómo resguardarnos, en nuestro ambiente familiar, de todo lo que a través de las personas podrían constituír un peligro para la inocencia, la virtud, las inclinaciones del niño?

Con frecuencia los educadores oyen decir a los padres con sorpresa: "No sé donde pudo mi hijo haber aprendido palabras tan vulgares, maneras faltas de educación... Siempre sale con nosotros, nunca está solo, no se encuentra a nadie sino en nuestra presencia..."

Si los padres trataran de ahondar sobre la cuestión, tendrían que reconocer que "precisamente en casa fué donde el niño

aprendió ciertas cosas". Aquel determinado espectáculo, aquellas conversaciones, aquella discusión, aquella narración, inocua quizás para los espíritus maduros, han determinado en el niño o en el adolescente en crisis, un cambio considerable y nefasto. Precisamente tras de los muros del hogar, con frecuencia la juventud tropieza contra la piedra del escándalo; precisamente en la familia pueden existir contraeducadores que debemos abiertamente despreciar para neutralizar su prestigio, o mejor aún, para transformarlos en sanos colaboradores en la obra de formar a los pequeños.

★

Con todo el respeto que sentimos hacia esta queridísima calidad de personas, parece que los venerados *abuelitos* de vez en cuando asumen el lenguaje y conducta de antieducadores. Se les llama "abuelito, abuelita", pero muchas veces abuelitos condescendientes.

Víctor Hugo, que practicaba acertadamente el arte de ser abuelo, señala cómo los abue-

los pueden comprometer en una familia todo el sistema educativo.

"...En cada instante
Nos turbáis el orden; el poder se debilita;
No hay más reglas.
No le queda al niño nada que lo frene;
Nos todo lo destruís..."

Leí recientemente, aunque no recuerdo donde, del sistema recreativo, pero al mismo tiempo revelador de una fina filosofía, con el cual una niña trataba de consolar a una amiga que había cometido una travesura: "¿Tienes miedo que te regañen?... ¿Pero es que tú no tienes abuelita?"

Oí a un muchacho decirle a su compañero: "¡El jueves podré hacer mis caprichos en casa porque ahí estará el abuelo!"

Con todo esto no se desea condenar el afecto tan dulce y necesario de los abuelos, pero este afecto no debe inducirlos a viciar a sus nietecitos. No deben destruír sino sostener la autoridad de los padres. Si el niño se diera cuenta de que en la autoridad existe una grieta, bien pronto la ensancharía, hasta llegar a la triste consecuencia de no obedecer a nadie más.

✦

Es pertinente llamar la atención a los *tíos* y a las *tías* que arruinan a los sobrinitos al mismo tiempo que dañan gravemente la misión formadora de los padres.

Tíos, a veces solteros o sin hijos propios, que tienen reservas de afecto que comunicar, pero que a cambio desean ser queridos y para conseguirlo multiplican sus regalos y sus complacencias; libran a los sobrinistos de los castigos, cuando deberían ser castigados; su insistencia debilita la autoridad hasta el punto en que cede en vez de mantenerse dura.

Los tíos, en este modo adquieren un verdadero prestigio ante los ojos de los sobrinos, pero los padres no deben nunca renunciar, ni menos abdicar los derechos de su situación.

Muchas veces estos parientes dan un ejemplo de vida realmente egoísta.

Los padres y las madres, conocedores de sus propias responsabilidades no titubearán en advertir a sus propios hermanos o cuñados, pidiéndoles no sólo que no impidan sino más bien que ayuden a la obra educadora, que se-

rán mucho más útiles manteniendo y colaborando con la autoridad de los padres. Que sepan, por ejemplo, decirles a los niños: "Denles gracias al Señor por tener padres tan severos".

Hay casi siempre la posibilidad de hacer cambiar con buen método a aquellas personas que estemos tentados a clasificar duramente como: antieducadores.

★

Después vienen los *hermanos mayores*, los cuales por vanidad o afectación, por confirmar su fuerza y su estatura, abusan de su situación; dan malos ejemplos; arruinan a sus hermanitos por el afecto desordenado que les demuestran. De aquí la gran importancia que tiene la educación del primer hijo, educación que facilita o bien hace más difícil la de los hermanos menores.

★

En la categoría de los antieducadores clasificamos también *los sirvientes*.

Su importancia es considerable y puede contrabalancear la de los padres. La obliga-

ción de los sirvientes no es corregir, mostrándose severos o indulgentes. Destinados a dejar la casa donde prestan sus servicios, no sufrirán las consecuencias de la falta o una falsa educación. No siendo de su incumbencia el concepto formativo, ni la responsabilidad de los padres, generalmente dejan hacer y deshacer, y esto es lo menos que se puede decir.

Por otra parte, siendo más rudos, menos refinados empujarán al niño hacia abajo en vez de ayudarlo a ascender; de hecho encuentran una satisfacción vulgar pero humana, cuando ven acercarse a su rango a aquéllos que normalmente deberían estar por encima.

Ahora, como dice el proverbio, "todos los sentidos ayudan a descender". El ejemplo dado por el personal de servicio puede volverse particularmente contagioso.

Hasta se puede añadir que a los sirvientes les halaga alimentar la vanidd de los patroncitos; demostrando que se les considera como personas importantes, adquieren en los ojos de los niños un prestigio difícil de imaginarse.

¿No muy pronto dan el ejemplo de la mentira? Un niño que frecuenta el ambiente de la

servidumbre, a menudo encontrará duplicidad e hipocrecía, experimentará el malsano atractivo de un lenguaje trivial. ¿Qué podrá entonces aprender de bello y de bueno?

Al escoger el personal de servicio, es necesario tomar en consideración no sólo las aptitudes profesionales o técnicas, sino más bien, antes que todo, aquéllas de la moralidad.

Los *invitados.*

Ordinariamente en las recepciones o reuniones hay bien poco de bueno que puedan aprender los niños, por lo menos hasta que éstos hayan superado la crisis de la adolescencia.

Las reuniones presentan por sí mismas por lo menos tres inconvenientes: los priva del sueño; ofrecen la ocasión de sobrecargar el estómago; frecuentemente son la causa de ver y escuchar cosas inconvenientes.

La presencia de los invitados influye en los niños. Generalmente traen consigo regalos y, por dar gusto a los padres, vician a los hijos.

Se puede distinguir entre los invitados al amigo superficial que compromete la autoridad; al amigo adulador que daña el alma y secretamente insinúa: "No le digas nada a mamá o a papá"; el ocioso que se divierte provocando las impertinencias del niño, invitándolo a imitar y burlarse, diciendo contínuamente: "¡Qué chistoso es este muchacho... qué inteligencia!"

¡Rara manera de estimular el sentido de caridad, y respeto a la delicadeza!

En las reuniones algo mezcladas, se puede encontrar al escéptico, por no decir vicioso, capaz de escandalizar a los niños, quien hace uso de palabras con doble sentido y, sin importarle la presencia de los pequeños inocentes, platica cuentos picantes. Al momento quizás los chicos no comprendan, pero su imaginación quedará picada, y siempre encontrarán a alguno que completará la explicación de todo cuanto quedó oscuro en sus pequeños cerebros. Si se llega a tener que tratar con tales indeseados invitados es necesario, o alejar a los niños o a los convidados mismos. Es el momento de recordar que la casa y el am-

biente de familia, está hecho para los hijos y no para los extraños. Debe tenerse cuidado antes de introducir a alguien en la intimidad del hogar. Es el momento de aplicar la moraleja de la fábula:

"Muéstrame la pata blanca
O no te abriré".

Es evidente que cuando se trata de defender a los propios hijos, no se debe titubear: se debe llegar hasta rogar bondadosamente a aquéllos que traen consigo el desorden a nuestra casa que se sirvan no volver a ella. Es de recordarse que el pelícano no permite a ave alguna, por pequeña o inofensiva que sea, acercarse a su nido mientras los pequeñuelos se encuentran en él.

Por lo general no es necesario ocurrir a estos extremos, basta una observación oportuna y bien hecha.

Se necesitaría ser extremadamente corrompido para no comprender y admitir las justas aprensiones maternas sobre este particular.

CAPITULO X

VIGILAR SOBRE LOS COMPAÑEROS

Es oportuno tratar a parte sobre otra categoría de antieducadores: los *compañeros*.

Los jóvenes sufren la influencia de los compañeros más aún que la de los educadores y de los mismos padres, y no es una exageración el afirmar que los muchachos son formados más por los amigos que por los maestros. A veces —y no se crea esto un absurdo— los compañeros ejercen un ascendente mayor que Dios, cuando los muchachos se muestran dispuestos a disgustar al Señor por complacer a los amigos.

Víctor Hugo describe así esta influencia:

"Basta que un pájaro venga a posarse sobre la orilla. Para que otro pájaro lo siga".

Ahora bien, esta profunda y recíproca influencia presenta sus peligros. Casi siempre los

amigos juntan entre ellos las malas ideas y los defectos. Entre dos íntimos ven invariablemente agregárseles un tercero; Dios o el demonio, el Angel bueno o el ángel malo. ¡Desgraciadamente, con más frecuencia el malo!

En la educación es sumamente importante preparar al muchacho para esta recíproca tarea y es necesario hacerlo sin cansarse y sin cansar. Es necesario no imbutir las mentes jóvenes con consideraciones pedantes, de sermones interminables; más bien impartir lecciones precisas que cubran las diversas circunstancias: un acontecimiento, un encuentro, la conducta reprobable de uno, el humillante servilismo del otro, pero mejor aún la noble y la loable conducta de un tercero.

En la lectura, en las crónicas periodísticas subrayar las tristes complicidades y perversas seducciones, pero mejor prefieran las narraciones que revelan la luminosa misión de los verdaderos amigos.

No se prediquen sermones fastidiosos ni enseñanzas difusas.

Un padre, una madre que viven al lado y cerca de sus hijos sabrán aprovecharse de cada

circunstancia para infundirles un principio, una base, que substituirá su presencia cuando ellos lleguen a faltar.

Mauricio Barrés llama a esto "el germen". En efecto, esta idea-fuerza se desarrollará gradualmente en el subconsciente del muchacho, constituyendo una lección amada y permanente. Asimilando esta fuerza, el muchacho se dejará guiar por ella, y el serle fiel constituirá para él un punto de honor.

★

La seriedad del argumento exige que se ahonde sobre el particular.

En relación con la educación del niño, se pueden distinguir cuatro tipos de compañeros: los malos, los débiles, los buenos y los excelentes.

Es necesario huír de los malos compañeros, ayudar a los débiles, conservar los buenos, e imitar a los excelentes.

Huír de los *malos compañeros.*

De Sonis, joven subteniente, encontrándose por primera vez en una reunión de ofi-

ciales, oyó hablar en forma tan incorrecta de la autoridad y de la moral que se levantó inmediatamente diciendo: "Dispensen, señores, tengo la impresión de haberme equivocado de compañía". La lección era ruda, pero el joven oficial fué felicitado por su valor; y en efecto fué detenido y desde ese día en adelante los discursos fueron más controlados.

Otro acontecimiento apropiado para los jóvenes es traído de la novela de Vogüé, "*Les morts qui parlent*". El viejo conde de Kermaheuc, debiendo nuevamente dorar su blasón, recibió la visita de un cierto hebreo, que había venido para proponerle "un buen negocio". Kermaheuc lo dejó hablar y finalmente le contestó: "Si bien entiendo, señor, usted me pide mi nombre a cambio de sus escudos... Sépa sin embargo, que yo también tengo un escudo que lleva el armiño de Bretaña, y que se ensucia con mucha facilidad..."

¡Sepan los jóvenes que poseen una riqueza mucho más delicada y sensible que la del armiño de Bretaña: su alma, su conciencia! ¡Sépanla proteger!

Ayudar a los compañeros *débiles*.

El débil tiene necesidad de ser sostenido, como la yedra necesita echar raíces con la encina para no acabar en el lodo y ser aplastada por los que por ahí pasan. En nuestros tiempos, son muchos los débiles que si se les guía bien, pueden volverse buenos, pero que se perderían si fueran puestos en un mal ambiente. Les pasa a ellos lo mismo que a los soldados.

En sus tiempos, Diógenes caminaba por Atenas en pleno día, con una linterna encendida, diciendo: "¡Busco a un hombre!"

Los que poseen un verdadero carácter son más bien raros. Hagámosle presente al niño: "Tú no hubieras cometido esa falta si te hubieses encontrado solo, pero has sentido sobre ti los ojos de tus compañeros y has sido débil; no lo seas jamás en la vida. Si tus compañeros son despreciables debes ayudarlos".

Conservar a los *buenos*.

La unión hace la fuerza. Un buen muchacho podrá conservarse así si se encuentra con un compañero que concuerde con sus ideales. Esta es la magnífica tarea u obligación de la

amistad cristiana bien entendida; no hay nada más eficaz, para salvar una vida y orientarla hacia la virtud.

Citemos la carta de Montalembert a su amigo de colegio, Cornudet:

"Tú has solicitado mi amistad, y yo te la prometo a condición de que tú aceptes manifestarme los defectos que encuentres en mí, y, como tengo muchos no te faltará la ocasión de comprobarme tu lealtad. Solamente a este precio consentiré ser tu amigo".

Existe en un Museo un cuadro que representa a dos jóvenes cristianos en la era de las persecuciones. Están esperando en la arena a los hambrientos leones, pero en el momento en que entran éstos, se ve cómo están tranquilos y valerosos porque están apoyados afectuosamente el uno contra el otro.

Cuarta regla del sano camaraderismo: Imitar a los que son *excelentes* compañeros o amigos.

Fijar sus ojos y sus mentes en aquéllos que pueden servirles de modelo. ¡Y sí hay! Sólo que, los verdaderamente buenos, son discretos,

no hacen ruido, no se ponen a la vista. Se necesita un buen sentido de observación para escoger en el mundo, en el colegio, y aún en una familia, los mejores elementos.

Muy seguido son menos recomendables los que hacen más bulla y atraen la atención. Como en una ventana: si los vidrios están limpios, tersos, quedan invisibles, pero si están cubiertos de polvo o sucios, se notan fácilmente.

Una de las sorpresas que nos espera en el Paraíso será precisamente dada por el conocimiento de que en la tierra hemos vivido junto a santos sin que nosotros lo notáramos.

Esta es pues, la norma que debemos seguir para impedir que nuestros jóvenes se pierdan con el contacto de malos ejemplos, y en cambio aprovechen los buenos ejemplos. Y esto constituye en realidad uno de los capítulos más importantes en la educación por medio del ejemplo.

CAPITULO XI

HACER EXAMEN DE CONCIENCIA

¿Será oportuno recordar que los *mismos padres* necesitan vigilarse?

Se reprende a un niño, quien prontamente y con precisión responde: "Así hace papá".

Se reprochaban expresiones inconvenientes en labios de otro, y contesta: "Pero si esta palabra la acaba de decir mi padre".

Se le da una orden a un tercero, que se rebela y dice: "Si es una cosa buena, ¿por qué mis padres no la hacen antes que yo y conmigo?"

Estas expresiones, muy a nuestro pesar, se escuchan, y aunque indudablemente poco educadas, poco amables, son sin embargo ciertas.

San Agustín decía, refiriéndose a ciertos padres de familia: "*Destruis facto quod aedificas verbo*: Destruyen con hechos las lecciones de sus palabras".

Los niños descubren el conflicto existente entre aquello que se les exige y lo que nos permitimos a nosotros mismos. Cosa que puede alguna vez causar escenas divertidas, pero mucho más a menudo trágicas y dolorosas.

Educadores, y muy especialmente padres y maestros, nuestro examen de conciencia podría seguir aproximadamente las *siguientes* líneas:

¿No seré yo quizás quien hace que el niño sea *corajudo*, mostrándome yo mismo fácilmente enojado, desdeñoso, volviéndome insoportable al más mínimo trastorno?

¿No lo estaré haciendo *miedoso* y tímido, manifestando en su presencia mis excesivas preocupaciones lamentándome contínuamente hasta de bagatelas, imaginando siempre lo peor?

¿No seré yo quien contribuya a ponerlo *nervioso* tratando de ganarme su simpatía con

la manifestación misma de mis nervios sacudidos, viciándolo, ocupándome exageradamente de él?

¿No lo estaré formando *poco consciente* del deber, mostrando que descuido el mío, al substraerlo de sus deberes con el pretexto de visitas a amigos a quienes tengo el orgullo de presentar a mi hijo? ¿Con el inoportuno permiso, no lo invito implícitamente a: "Dejar para mañana las cosas serias?"

¿No le estoy inculcando la *ambición*, la vanidad, ostentando el lujo, dando demasiada importancia a los elogios?

¿No lo estaré haciendo *hipócrita* murmurando sobre el prójimo ausente, criticando a los invitados después de que se fueron, cuando en su presencia recibí su visita con miles de cumplidos y ceremonias; haciendo uso, sin que comprenda el valor, de las así dichas "mentiras mundanas?"[1]

¿Acaso no soy yo quien lo endurezco y le *hago árido el corazón* irritándome por la in-

---

(1) PRADEL: **El culto de la sinceridad**, Colección Psicológica, Ediciones Paulinas, S A. - México, D. F. 1960.

oportunidad de los pobres, oponiéndome a los derechos de los trabajadores, obras de beneficencia, buscando mi interés personal?

¿No lo ayudo a ser *desobediente* despreciando los Mandamientos de Dios, los preceptos de la Iglesia; mandando errada y desordenadamente en las cosas serias como las pequeñas?

¿No le inculco *irreverencia*, gloriándome por haber faltado al respeto, por haberme vengado de un superior; permitiendo que mis hijos se burlen de sus maestros, imitando sus ademanes? ¿Defiendo sin razón a mis hijos ante los justos reproches de la autoridad?

¿No contribuyo a hacer de mi hijo una persona *deshonesta*, permitiendo que en su presencia se alaben actos culpables que han traído consigo ventajas; protegiéndolo contra las merecidas consecuencias de su mala conducta, mencionando como un héroe a quien se ha enriquecido por medios injustos?

¿Es que guío a mi hijo hacia *las lecturas peligrosas*, permitiéndome yo el uso de libros y periódicos que le prohibo?

Un profesor me narraba el siguiente hecho, que había observado en un puesto de periódicos. Un muchacho de unos 13 ó 15 años le enseñaba a un compañero suyo una revista licenciosa, una de aquéllas que la autoridad ha prohibido exhibir (¡y no vender desde luego!) y comentaba: "Mira nomás, mi padre compra esta revista, pero mi mamá no quiere que yo la lea, y ahora la compro por mi cuenta".

¿No seré yo quizás quien privo a mi hijo del *sentimiento de caridad*, criticando todo y a todos enfrente de él, revelando imprudentemente los defectos de los demás? Recuerdo haber leído la siguiente anécdota:

Una niña de siete años se presenta excitada:

—Mamá, quisiera pedirte una cosa.

—Dime hijita.

—¿No seré indiscreta?

—Oigamos, díme.

—Quisiera ver tu lengua.

—¿Ver mi lengua? ¿Pero por qué?

—Mamá quiero verla...

—¿Pero por qué te interesa ver mi lengua?

—Ayer he oído decir...

—¿Y que has oído decir?

—Que tú, mamá, tienes una lengua de víbora... quiero ver cómo es.

A la mamá le dió vuelta el corazón, pero pronto se repuso. No obstante su natural inclinación a las críticas, era una dama de buen carácter. Escondiendo su rubor se la mostró:

—Tontita, aquí está mi lengua: obsérvala bien...

Después escondiéndose, lloró. "La lección es dura —se dijo a sí misma— pero traeré beneficios".

¿No contribuyo a hacer de mi hijo un *embustero* por haber podido engañar en el comercio, la industria, los negocios?

Es conocida la historia de cierto padre de familia, que encontrándose de viaje con su esposa y un niño, acomete contra la mentira.

"La mentira, Totó, es una cosa terrible, es la minación de la sociedad; verdad María?

La mamá, distraída contesta:

—Sí, es verdad.

Y el papá continúa:

—Fué una mentira lo que hizo que estallara la guerra de 1870[1]... Ah, hijo mío, si tu sigues diciendo mentiras harás que a tu madre se le hagan blancos los cabellos y pronto conducirás a tu padre a la tumba. ¿Por qué no dijiste francamente: "Fuí yo quien se robó el azúcar?"

—No lo dije por el temor de recibir un bofetón.

—Pero el bofetón lo has recibido de todas maneras, ya que te has puesto al nivel de los tunantes más peligrosos... Si quieres ser un hombre como tu padre, leal, estimado por todos, no digas mentiras jamás, has comprendido?

Totó, fuertemente impresionado contesta:

—Sí, papá.

Poco después, el conductor del tren entra al compartimiento. Ellos tienen la simpática costumbre de agujerar los boletos, y pregunta:

---

(1) Bismark, primer Ministro de Prusia, queriendo atacar a Francia, publicó falsificándolo un telegrama de su Rey Guillermo I. Los franceses creyéndose humillados declararon enseguida la guerra. Los ejércitos de Moltke en unas semanas acabaron con Napoleón III. El rey de Prusia se proclamó emperador de Alemania y en Francia se instituyó la República. (N. d. D.).

—¿Qué edad tiene este niño?

El padre contesta:

—Cuatro años, señor.

Y el conductor incrédulo:

—¿Entonces, conque sólo tienes cuatro años, hombrecito?

Totó contesta:

—No señor, tengo seis.

Entonces el padre dice:

—¡No tengo ganas de discutir, pago!

El conductor entrega el suplemento del boleto y se va.

Después, el papá al hijo:

—Ven aquí, Totó.

El niño se acerca con la satisfacción de haber cumplido con su deber y en cambio recibe una sonora bofetada.

—Así aprenderás a decir que tienes seis años.

—Pero papá, tú me has prohibido mentir.

Y el padre, volviéndose hacia la esposa, comenta:

—Si este muchacho no cambia se volverá el idiota más grande del mundo".

¿Hago que mi hijo sea prácticamente ateo o poco religioso, dándole yo menos importancia a los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, que a un placer cualquiera, a una excursión?

Un boletín parroquial reportaba este diálogo sostenido por un Cura con los alumnos del Catecismo:

—¿Bien, Luisita, qué piensas hacer el domingo?

—Haré como mamá: iré a Misa y a la Bendición.

—¿Y tú, Jorge?

—Yo haré como papá: iré a pescar o a cazar; me quedaré allí hasta la medianoche en el café y a Misa sólo iré los días de las grandes fiestas.

¿No se le está quizás disminuyendo la idea religiosa a los niños confiándolos a las criadas para que los lleven a Misa, en vez de acompañarlos nosotros mismos?

Otra escena vivida:

—Quiero ir con papá.

—No —dice la mamá— quiero que vayas a Misa y a la Misa irás.

Es lógico que el niño crea que alcanza lo mejor imitando al padre y por esto su ingenua inteligencia lo lleva a seguir los ejemplos del papá.

Entonces interviene la gruesa voz del hombre para concluir:

"Tú debes ir a Misa..."

Pero la voz parece insegura y vergonzosa. El niño obedece... por esta vez, pero ¿el día de mañana, qué cosa será? El contraste entre la orden y el ejemplo provocará una sacudida peligrosa en su espíritu. ¡Cierto, los hijos no deben juzgar a sus padres... pero...!

Es absolutamente indispensable que los educadores se convenzan del grave riesgo que traen consigo contradicciones similares. Con este objeto citamos una página de Robert de Flers.

El Subdirector ha llamado a la empleada de la oficina "Sal y tabacos":

—Señora, deseo darle un consejo como amigo y como Subdirector. Usted no ignora cual es la orientación de la política actual: el gobierno no admite tendencias clericales en sus funcionarios... Ahora bien, estimada se-

ñora Grandier, usted está clasificada entre los empleados del Estado, se le ve todos los domingos en la Misa, en primera fila. Esto podría traerle disgustos.

—Pero, señor Subdirector, yo he tenido el gusto de verlo a usted en la Misa solemne cada domingo y también en las Vísperas.

—Oh, pero yo voy para notar a las personas que, perteneciendo al servicio público, frecuentan la Iglesia. No querría catalogarla en la lista negra. Procure no hacerse notar.

—Gracias, señor Subdirector, en vez de ir a la Catedral iré a San Saturnino.

—Está bien. Hasta luego.

—Saludos a la señora, señor Subdirector, y recuerdos al niño. A propósito, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias, se está preparando para la Primera Comunión.

¡Ah, qué angelito! ¡Entonces es bueno! ¿Está usted contento con su chamaco?

—Contentísimo, lástima que tenga un defecto, no grave, pero sin embargo no me gusta.

—¿Y qué cosa es?

—Cuenta todo lo que ve, señora, qué cosa tan fea es relatar, me da horror...

Este señor Subdirector que pasa su tiempo espiando a los funcionarios para señalarlos, y al mismo tiempo se aflige porque su chamaco "relata", ¿no es un feo símbolo de los padres que reprochan a sus hijos aquello que se permiten a sí mismos?

Solamente cuando hayan sabido librarse de la "viga" que estorba sus ojos, podrán quitar la "paja" de los ojos de los chicos.

Y este examen de conciencia, extenso pero necesario, para demostrar el valor y la amplitud del argumento, no debería limitarse al lado negativo. Deberíamos igualmente preguntarnos, y los padres lo hacen con frecuencia, si todo el funcionamiento de la casa no sólo aleja los peligros constituídos por los visitantes y por nuestros ejemplos sino más bien si todo: decoraciones, conducta, palabras, conducen a los jóvenes al bien y a la virtud.

Parece que vemos las pupilas inocentes y ávidas de los niños alzarse hacia los educadores con tono de una oración: "Sean ustedes, con su vida, como la de dioses que caminan frente a nosotros, porque nosotros, siguiendo sus pisadas, podamos sentirnos seguros".

CAPITULO XII

INCULCAR REMEDIOS PREVENTIVOS

Llegará el tiempo en que la vigilancia de los padres ya no podrá llegar más a los hijos para librarlos del camino de los malos ejemplos. De aquí la necesidad de usar sin cesar, sin descanso, el *método preventivo;* es decir preparando suplentes que estén en ejercicio perpetuo: principios directivos, buenas costumbres, conciencia rectamente formada.

Algunos consejos que sirvan de guía para el fin susodicho.

Prevenir a los jóvenes contra la tendencia de imitarlo todo.

Divertámoslos narrándoles acontecimientos escogidos: los niños ordinariamente son sensibles al ridículo, y ciertas historias ayudarán a

hacerlos cautos contra la manía de imitar, como los monos.

Los periódicos referían las palabras del doctor C. D. que pedía a la novia, señorita Soletta de J. que se apresurara la boda. A la pregunta de la señorita: "¿Pero por qué insistes tanto en decidir pronto el matrimonio?", el novio agregó: "¡Tu padre se casó hace dos años; tu madre hace tres meses: los hijos deben seguir el ejemplo de los padres!"

¡Pobre mundo! ciertas tonterías sirvan por lo menos para poner en guardia a nuestros jóvenes!

En la vida práctica tendremos a menudo la ocasión de demostrar cuán insulsa y dañosa es la manía de una imitación irreflexible.

Siempre basándonos en los ejemplos, podemos comprobar qué tan humillante es la posición del imitador servil, que abdicando sus ideas propias se vuelve esclavo de otros pareceres, de la moda, de la corriente común.

Protestamos contra el abuso de la fórmula: "Es necesario hacer como hacen todos... Todos piensan así... No es bueno andar contra la opinión pública ..."

¿Entonces deberíamos "aullar como los lobos"?; practicar, según la expresión de André Tardieu, refiriéndose a un ministro, la "falsa política"; ¿abandonarnos al envolvedor curso de la corriente del agua?

Gradualmente, pero con decisión, es necesario prevenir a los jóvenes contra la opinión pública y contra la impresión que de ella pueda emanar. Es verdaderamente una cosa que se debe considerar. ¿Acaso se ignora aún lo que constituyen los periódicos para crearla?

Pío XI al recibir a los periodistas en enero de 1935 les dijo: "Ustedes, señores periodistas, representan la mayor potencia del mundo. Se dice con frecuencia que tal fuerza está constituida por la opinión pública, pero eso es un error, porque es lo impreso lo que la produce, y la causa es siempre más potente que el efecto".

La opinión pública es frecuentemente la maestra de errores por culpa o debido a los errores que la prensa crea. ¡Ojalá nuestros jóvenes no se vuelvan esclavos de ella!

Prevenirlos contra la moda que Voltaire llamaba "una diosa tirana y estorbosa".

Antes de seguir por un camino, ver si es bueno. Reaccionar contra las ideas falsas y los ejemplos perversos. No se sabe seguir a la mayoría, porque es un gentío, sino porque hace lo debido y sólo si hace el bien.

Se merece uno la propia estimación y la de los demás, únicamente cuando se tiene una personalidad capaz para afrontar los obstáculos, de ir contra la corriente, de probar concretamente la teoría: "*Etiam si omnes, ego non*... aunque todos los hicieran, yo no lo haré".

Aún las buenas acciones es necesario imitarlas pero sin copiarlas. "Mis imitaciones no son una esclavitud", decía La Fontaine a propósitos de las *Fábulas* de las cuales tomaba apuntes de sus predecesores.

Un adolescente respetuoso, aún sujetándose a la autoridad más ejemplar, no la sigue pasivamente hasta el punto de hacerle un eco, un descolorido reflejo y sofocando su propia personalidad.

Goethe dijo justamente: "Aquello que has heredado de tus antecesores, cuídalo y conquístalo si quieres poseerlo". Los jóvenes, no

deben caminar haciéndose remolcar. El llegar a ser "alguien", actuar por uno mismo, es mucho más noble que asemejarse a un "carnero de Panurgo".

"O *imitatores, servum pecus*... los imitadores forman parte de un rebaño de esclavos".

Previniendo así a los niños contra la tendencia de seguir ciegamente a los otros, los padres habrán utilizado la potencia del ejemplo, filtrándola y encaminándola hacia el deber.

✱

Hay un segundo punto importante para la educación preventiva. Los jóvenes deben estar *prevenidos contra el escándalo*, cuyas causas son más bien frecuentes, y se encuentran entre los mismos superiores, los jefes, maestros, predicadores, padres de familia, que no practican lo que aconsejan.

El niño es todo de una pieza, su lógica es muchas veces despiadada e injusta. Debe enseñársele que la caridad, siempre, y la justicia, frecuentemente, nos aseguran la indulgencia, la misericordia.

A pesar nuestro, con el paso de los años, se ve uno obligado a llegar a la conclusión que la fórmula de Florian, aún siendo muy dura, refleja fielmente una verdad:

"Haz lo que digo y no lo que hago".

Rara vez se identifican los hombres con sus principios; si los principios son malos, los hombres generalmente valen más que los principios mismos; con más frecuencia valen menos que sus buenos principios.

Ovidio y S. Pablo han proclamado la misma verdad: "Veo el bien, lo amo y sigo el mal".

Pueden constituír un obsequio a la virtud y un servicio para los demás el decir: "Sé más valiente que yo, haz aquello que te recomiendo, y que yo no tengo la fuerza para hacerlo".

No es difícil encontrar en la historia y en la vida ejemplos de desmentida que ciertas personas dan a sus propias ideas y obras.

Diderot, mientras publicaba la *Enciclopedia*, verdadero atentado contra la Fe para tantas almas, le enseñaba a su hijita el Catecismo.

Es menester explicar a los jóvenes que la verdad vale por sí misma, y no es necesario

preocuparse demasiado por el conducto que se use para comunicarla y que se debe practicar un consejo porque es razonable, no porque es simpático quien lo da.

Si un débil confiesa que no conforma su propia conducta con los principios que sostiene, después de todo manifiesta una sinceridad que lo honra; ¿pero no sería insensato aquél que rechaza las justas indicaciones de un enfermo, bajo el pretexto de que aquél no ha podido curarse a sí mismo?

¡Hay tantos motivos que nos hacen huír y que justifican las imperfecciones humanas ante el deber, aún conociéndolo bien, comprendiéndolo bien, recomendándolo sinceramente a los demás!

En los *Pensamientos* de De Bonald está esta expresión exacta: "En el fondo son pocos los hombres que se inclinan rigurosamente a las consecuencias de los principios en que creen o que se preocupan sinceramente; la mayoría vive sobre los principios como el derrochador vive sobre el capital".

Se ha dicho ya bastante para demostrar lo desagradable que es la discordia para tener que

insistir aquí que ésta debe ser siempre censurada.

Demostrar a los niños la compasión que suscitan y merecen aquéllos que enseñan bien, pero no tienen el valor para hacer el bien, constituye un excelente medio para iluminarlos y preservarlos de los malos ejemplos.

Pero en lo personal nosotros debemos siempre ser sinceros y coherentes. La lealtad depende casi siempre de nosotros, aunque la lógica puede encontrar obstáculos. Los educadores que se esfuerzan por mejorarse, para mejorar las almas a ellos confiadas, realizan el ideal de la pedagogía.

CAPITULO XIII

ESCUCHEMOS LOS LLAMAMIENTOS RELIGIOSOS

Hasta aquí nos hemos detenido en el campo de las consideraciones humanas y naturales.

Sobre la grave cuestión del ejemplo, necesario para la formación de las almas, podemos encontrar en la Sagrada Escritura numerosos y fuertes llamamientos y sobre todo un modelo incomparable.

He aquí algunas recomendaciones y atestaciones:

"Observa y adáptate al modelo" (*Es.* 19, 40).

"Yo soy para ellos y ante ellos un ejemplo". (*Job*, 17,6).

"Observando a los demás he aprendido la prudencia, la sabiduría" (*Prov.* 24, 82).

"Dejaré a los jóvenes un noble ejemplo" (*II Mac.* 6, 28).

"Tal como el jefe tales sus ministros; como el gobernante de la ciudad así sus habitantes" (*Eccle.*, 10, 2).

Las escrituras del Nuevo Testamento son aún más claras:

"Hazte el modelo de la grey que te ha sido encomendada (I *Pedro*, 5, 3).

"Quien cumple con la verdad salta a la luz, de modo que sus obras sean manifiestas a todos" (*Juan*, 3, 31).

En cada página San Pablo remacha el concepto de las leyes del ejemplo:

"Cada uno de ustedes trate de complacer al prójimo para edificarlo" (*Rom.* 12, 17).

"Cuando se reúnan, que todo sea hecho para edificar" (1 *Cor.*, 14, 26).

"El esmero con que dar el ejemplo es un estímulo para muchos" (2 *Cor.* 9, 2).

"Muéstrate a todos como modelo" (*Tit.* 2, 7).

"Recuérda a tus preceptores e imita su fe" (*Ebr.* 13, 7).

"Sé el ejemplo de los fieles, con la palabra, la caridad, la fe, la castidad (1 *Tim.* 4, 12).

Tales realidades deberían de poder aplicarse a cada educador encargado de la formación de almas.

En su epístola a los Galatas (2, 20) San Pablo no titubea en ponerse como modelo: "Sean mis imitadores como yo lo soy de Cristo". La segunda parte de la frase reasegura sobre la casi presuntuosa y dominante osadía de la primera.

Aprovechamos este argumento para señalar una objeción hecha por ciertos padres de familia a los cuales les predicábamos la necesidad de dar el buen ejempo, recomendándoles reforzar oportunamente las lecciones en la eventualidad de que los hijos fuesen demasiado chicos o demasiado atolondrados para recibirlas luego.

Deseando indudablemente librarse de una obligación más o menos pesada, mis interlocutores se refugiaban detrás del falso temor

de carecer de humildad. Privados ellos mismos de persuasiones sobre el argumento que querían sostener, me preguntaban cómo era posible conciliar la humildad que enseña a ocultar las obras buenas, con la necesidad del buen ejemplo que requiere mostrarlas.

Tal escrúpulo no amerita una apreciación mayor de la que dieron los mismos que la emitieron. La respuesta fué dada por el Divino Maestro en el Evangelio:

"No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte. No se enciende una vela para ponerla debajo del moyo, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en casa. (*Mat.* 5, 14-15).

Los padres son precisamente esta luz del hogar, la roca de defensa para sus hijos.

Todavía más explícito es el versículo siguiente: "Que vuestra luz (o sea el esplendor de vuestra vida cristiana) brille ante los hombres para que vean vuestras obras buenas —*ut videant opera vestra bona*— y glorifiquen al Padre que está en los cielos" (*Mat.* 5, 16).

Federico Ozanan comentaba así este pasaje: "Se necesita hacerse ver o por lo menos

dejarse ver". A cualquiera que objetaba lo que más arriba se refiere, el santo rey Luis respondía con cristiana finura: "Hagamos públicamente lo que todos deberían hacer, y después para hacer aún más es mejor ocultarnos".

★

La "Tradición cristiana" entera hace eco a los llamamientos de los Libros Sagrados.

Citemos solamente algunas memorables expresiones:

"El testimonio de la conducta es más eficaz que las palabras" (*San Cipriano*).

"Las órdenes y los consejos de nada sirven si no son confirmados por el ejemplo (*Tertuliano*, De patientia).

"Ningún hombre vive sólo para sí". (*San Agustín*, Serm. 163).

"Los buenos ejemplos son más potentes que los milagros" (*S. J. Crisóstomo*, Panegírico de S. Babila).

"Es cosa bella tener solamente que mostrarse para operar el bien" (*San Ambrosio*).

Susbsiste, como una inspiración del Cielo para recomendar el deber del ejemplo, el atinado título del santo autor de *La imitación de Cristo*. Es el libro más bello salido del corazón y del espíritu humano, ya que el Evangelio tiene otros orígenes. El título refuerza el valor de la fundamental misión confiada en la vida al ejemplo. ¡Que puedan, padres y maestros, merecer como el Divino Modelo, que los jóvenes a ellos confiados marchen hacia adelante decididos y seguros sobre sus mismas huellas!

★

¿Qué cosa es el "culto de los Santos" tan recomendado por la Iglesia católica?

Una maravillosa y viviente lección dada con el ejemplo. La historia de estas grandes almas queda como una perpetua lección de aquello que se debe hacer, una escuela de virtud, un experimento vivido que arrastra a nuestra debilidad para poder imitar a los campeones de la santidad. De las vidas de los San-

tos se podría afirmar todo lo que se dice en el Oficio de la Sagrada Familia: "Todas las edades y todas las condiciones os consideran un modelo viviente".

Pero sobre todo, en la prodigiosa galería de los Santos, constatamos que todos se volvieron modelos, ya sea porque valorizaron los buenos ejemplos recibidos, o por iniciativa propia. La mayor parte, por no decir todos, tuvieron excelentes padres. Baste pensar en la mamá de Santa Juana de Arco, de San Luis, del Cura D'Ars, de Don Bosco, de Santa Teresita,[1] de Federico Ozanam.

Si San Luis conservó un recuerdo de su madre, como el de perfumar, elevar, santificar la vida entera, fué porque Blanca de Castilla, supo inspirar con su conducta personal el magnífico y sobrenatural mandato que le dió al hijo:

"Preferiría verte muerto antes que manchado con un pecado mortal".

Santa Teresa de Avila cuenta haber sido mundana en su adolescencia, poniendo en ries-

---

(1) S. Teresita del Niño Jesús, Historia de un alma, Ediciones Paulinas, S. A., México, D. F., 1957.

go su salvación, porque su madre le prestaba, después de haberlos leído, romances caballerescos. Por fortuna la madre, advirtiendo la influencia que ejercitaban tales lecturas, las cortó prohibiéndoselas y a sí misma también. Pensamos qué pérdida para el mundo hubiera sido si la futura reformadora del Carmelo hubiese llegado a ser solamente un alma mediocre.

Santa Teresita del Niño Jesús declaraba: "Si yo hubiese tenido otros padres quién sabe cuántos pecados hubiera podido cometer".

★

Ocurriendo a la Liturgia, o sea el lenguaje oficial de la Iglesia en las ceremonias, notaremos que no hay lección más frecuente que ésta: la necesidad de hacer el bien mediante el buen ejemplo.

Quizás los llamamientos más fuertes, más solemnes y repetidos, figuran en la Liturgia de la Ordenación. Por cada uno de los siete grados, el Obispo hace un llamado en modo explícito al primer deber, a la primera forma del apostolado: el buen ejemplo. Escuchemos

tales recomendaciones: En el Hostiariado: "Dedicaos con las palabras y los ejemplos a cerrarle la puerta al demonio para abrirle a Dios el templo invisible, o sea el corazón de los fieles".

A los Lectores: "Instruíd con la palabra y con los ejemplos a aquéllos que os escuchen... que vuestras palabras, vuestros ejemplos y vuestro ministerio sean útiles a la Iglesia".

A los Exorcistas: "Con la fuerza de la Orden que recibís, aprended a vencer vuestras pasiones a fin de que el enemigo no encuentre nada en que pueda tomar la revancha".

A los Acólitos: "No podréis agradar al Señor si llevando en vuestras manos la llama para el servicio de Dios, vuestra vida no presenta más que obscuridad y malos ejemplos..."

A los Subdiáconos: "Aplicaos a cumplir con vuestro ejemplo aquello que vuestras funciones representan".

A los Diáconos: "Tened cuidado de copiar en vuestra conducta el Evangelio que predicaréis".

A los Sacerdotes: "Enseñad con la palabra y con los ejemplos... que vuestras pláticas y vuestros ejemplos sean edificantes... practicar todo cuanto enseñáis... confirmad vuestras prédicas con los ejemplos".

La responsabilidad sobre las almas es un verdadero sacerdocio; que los educadores se apliquen a sí mismos exactamente las advertencias solemnes y urgentes del Obispo a los Ordenandos.

En el Oremus para el Sumo Pontífice fácilmente se nota aquella expresión que debería constituír el lema de cada educador, padre, madre, maestro: se pide que el Papa sea "útil a sus subalternos con la palabra y con el ejemplo... *verbo et exemplo quibus praeest proficere*".

CAPITULO XIV

MIREMOS AL DIVINO MAESTRO

Como el primero de los deberes, nosotros los cristianos no podemos dejar de contemplar a Aquel que ha querido ser nuestro modelo.

Interroguemos, pues, al Maestro, al educador por excelencia, Nuestro Señor Jesucristo, para conocer su pensamiento sobre el grave problema del ejemplo en el campo formativo.

Escuchemos sus palabras y examinemos su conducta.

¡Qué severo es con los escribas y fariseos que dictan leyes y no dan el ejemplo: "Haced pues y observad todo aquello que os digan,

pero no debéis de obrar según su modo de proceder, porque dicen pero no hacen. Dan de hecho, cargas pesadas e insoportables y las montan sobre las espaldas de los hombres; pero ellos no las quieren mover ni con un dedo" (*Mat.* 23, 3-4).

El, siempre tan afable e indulgente, se torna desdeñoso hacia aquéllos que hipócritamente ostentan una conducta en consciente oposición con sus sentimientos y con su vida íntima.

"Hipócritas, que cerrais a los hombres el reino de los Cielos" (*Mat.* 12, 34).

"Sepulcros blanqueados" (*Mat.* 23, 27), "ralea de víboras, ¿cómo podéis decir cosas buenas cuando sois malos?" (*Mat.* 12, 34).

"El más dulce entre todos los hijos de los hombres" ¡cómo se torna terrible para aquéllos que dan escándalo o sea mal ejemplo! "Ay de aquél que escandaliza a uno de estos pequeños, que creen en mí. Sería mejor para él que le fuese atada al cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y fuese sumergido en lo profundo del mar". (*Mat.* 18, 6).

Subraya la importancia del ejemplo acredi-

tando el enseñamiento: "Del fruto se conoce el árbol, la boca habla por la sobreabundancia del corazón" (*Mat.* 12, 33-34).

"El que haya practicado y enseñado mis Mandamientos será grande en el reino de los Cielos" (*Mat.* 5, 19).

Practicar antes de enseñar, dar el ejemplo antes de dar la lección.

Finalmente, traza el programa del verdadero educador: "Os he dado el ejemplo a fin de que como he hecho yo, así hagáis vosotros" (*Juan*, 13, 11).

Hasta aquí hemos anotado algunas de sus palabras; ahora su conducta.

Tres años de predicar y treinta para prepararse, quiere decir que ha dedicado treinta años al solo ejemplo, reservando a los tres años de vida pública, las palabras siempre compañadas del ejemplo, ¡y qué ejemplo!

Cuando el historiador de los *Actos de los Apóstoles* quiere resumir la vida entera de Nuestro Señor, emplea esta expresión: "Coepit *facere et docere*... comenzó a dar el ejemplo, después enseñó".

CONCLUSION

En último análisis, el ejemplo lo es todo. Un padre de familia, interrogado sobre el método que usaba para educar tan bien a sus hijos, respondió simplemente: "He suprimido la segunda persona de los verbo, he puesto el "nosotros" en lugar del "ustedes" y en vez de decir "hagan" he dicho siempre "hagamos".

Los ejemplos de los padres: he aquí el secreto fundamental de una buena educación.

¡Cómo caminaría mejor la humanidad si los padres hicieran siempre lo que ordenan y recomiendan! Se santificarían a sí mismos realizando las palabras de aquel admirable padre de familia que fué Mauricio Retour: "Antes que todo, ser ejemplos vivientes para nuestros hijos".

Además formarían mejor a estos sus hijos, mereciendo así la bendición del Cielo, y haciéndose punto de partida de toda la irradia-

ción de virtud, destinada a extenderse y perpetuarse en su descendencia.

La más florida elocuencia será ineficaz si contrasta con las obras del orador: "*Vir bonus dicendi peritus*... Antes que el prestigio de las palabras se necesita el de la virtud".

El primer medio para obrar sobre los demás consiste en hacernos mejores nosotros mismos.

Podrán olvidar nuestras palabras, pero no nuestros ejemplos. Se enseña la doctrina que se vive y no aquélla que se predica.

"Un padre no debe ser padre si no quiere ser maestro", decía Grasset en *Máximas cristianas*. "Un padre destruye con sus acciones lo que edifica con sus palabras. El niño tiene más fe en sus ojos que en sus oídos. Se siente con derechos para hacer todo lo que ve hacer a sus padres. Se enorgullece de saber imitarlos y hace consistir su perfección en asemejarse a ellos".

Sólo en la eternidad, cuando todas las cosas se verán claras, tendremos un preciso conocimiento del valor del ejemplo.

El ejemplo ha sido llamado "el evange-

lio de los débiles"; sí, un evangelio sencillo, irrefutable, seductor, que no requiere comentarios y que no sufre objeciones.

Se ha notado —y creo sin prejuicios que también yo lo he constatado durante un viaje a Roma junto con un grupo de jóvenes— que los visitantes, frente al cuerpo armonioso del Apolo del Belvedere en el Museo Vaticano, instintivamente enderezan su persona, asumiendo una postura levantada. El espíritu, el corazón, el alma, son más inclinados a la imitación que el cuerpo.

*

Terminaremos este libro con un voto, con el que queremos transmitir todo el ardor de nuestras convicciones, y por eso no tenemos las expresiones fuertes.

Puedan los padres, los maestros y todos los educadores merecer que se diga de ellos aquello que San Pablo escribía a los Filipenses (4, 8): "Que los niños no vean y no escuchen entre vosotros nada que no sea verdadero, púdico, justo, santo, amable, digno, virtuoso".

Que se diga de ellos lo que Colbert decía

a Luis XIV presentándole a Bossuet como preceptor del Delfín: "Majestad, vive como predica".

Que se repita lo que Michelet afirmaba de Kléber: "Su aspecto eran tan noble que con sólo mirarlo infundía valor".

Los educadores, sean tan edificantes que puedan infudir amor a la virtud con su sola presencia.

Que se pueda afirmar de ellos lo que está escrito sobre la lápida marmórea inaugurada el 22 de Diciembre de 1934 a la memoria de los combatientes de la enseñanza pública de París: "Han dado el ejemplo a los hombres..."

Merezcan lo que Víctor Hugo dice del pájaro simbólico en los *Chants du crépuscule*:

"De un cisne no pueden desprenderse
Más que blancas plumas..."

Que de igual manera puedan desprenderse de la familia cristiana sólo y siempre ejemplos de vida seriamente cristiana.

Merezcan que por ellos se repitan las palabras de Enrique IV: "Seguid los ejemplos de los vuestros; os conducirán siempre a la meta del honor".

Se diga de los padres y de los educadores lo que Aude afirma de Elizabeth Leseur: "Elizabeth conocía a fondo varias lenguas, pero hablaba con toda perfección sobre todo una: la del buen ejemplo".

El mejor elogio que se puede hacer de la influencia de los educadores sobre sus alumnos, es el de aplicar a ellos, con una variante que pero no cambia el sentido, el verso de Corneille:

"Aprenderán a vivir viendoos obrar".

Pero para obtenerlo, los padres, que habitualmente están prontos para sacrificar toda forma de egoísmo por el bien de sus hijos, comprendan la formidable potencia del ejemplo, y de manera resoluta sepan decir, no ya como el célebre pagano: "No hagáis ruido, el niño duerme", sino como cristianos conscientes de sus grandes responsabilidades: "No hagamos el mal: el niño está despierto, nos observa y nos imitará".

I N D I C E

	Pág.
Prefacio	5
Introducción	9
Creer en la fuerza del ejemplo	11
El niño es un gran imitador	19
Analicemos las causas de esta influencia	31
¡Para bien de nuestros hijos: mejoremos nosotros mismos!	40
Serios intereses	48
Evitemos los malos ejemplos	58
Poner a los niños en un ambiente sano	62
Vigilar sobre todo aquello que los niños oyen	67
Vigilar a las personas que rodean los niños	73
Vigilar sobre los compañeros	82
Hacer examen de conciencia	89
Inculcar remedios preventivos	101
Escuchemos los llamamientos religiosos	109
Miremos al Divino Maestro	119
Conclusión	122

Se terminó de imprimir en los talleres de
EDICIONES PAULINAS, S. A.
Av. Taxqueña 1792. — México, D. F
El 6 de Marzo de 1960. Tiro: 1,500 ejem.

La educación por medio del ejemplo

Interrogado un padre de familia sobre el método que tan buenos resultados le había dado en la educación de sus hijos, respondió simplemente: "He suprimido la segunda persona de los verbos; en vez de decir "vosotros", siempre he dicho "nosotros", en lugar de "haced", "hagamos". Con tal sistema aquel padre de familia había resuelto por cuenta suya uno de los más grandes problemas que agobian a la sociedad: la educación de los hijos. En efecto, no es atrevido el afirmar que jamás como en la presente época los jóvenes escapan a la vigilancia del educador, deseosos como están de correr experiencias, ansiosos de ir por su propio pie a quemarse las alas, lejos de todo sumisión a una cualquiera guía. Y sin embargo, es innegable que precisamente en este nuestro atormentado siglo, la psicología y la pedagogía han hecho progresos incalculables: se puede decir que no hay familia que se respete, que no cuente con sus buenos volúmenes que explican "científicamente" y tal vez hasta "psicoanalíticamente" el ánimo de los jóvenes educandos. El hecho es que a la multiplicación de los tratados que ayudan a "descubrir" el ánimo de los demás, no corresponde un adecuado esfuerzo que imponga una autoeducación a todos los educadores. Estos, es verdad se afanan por llevar a la práctica cuanto han aprendido en los tratados; per el fruto de su enseñamiento es muy escaso: falta algo a su pedagogía, el calor del ejemplo. Sí, exactamente así: porque hay demasiado contraste entre, lo que dicen y lo que hacen. Este libro de Henri Pradel quiere precisamente enseñar que no puede existir una verdadera educación si falta la fuerza de buen ejemplo. Pero la advertencia de Pradel adquiere el valor de una alarma cuando, en el curso de las páginas, se demuestra que la educación por medio del ejemplo no es algo así como cuando se viste un traje en determinadas circunstancias, sino que forma parte de los pensamientos, de los sentimientos, de la vida misma.

EDICIONES PAULINAS, S. A.
Avenida Taxqueña, 1792 - México, D. F.